

GALERIA DRAMATICA.

COLECCION

DE LAS MEJORES OBRAS

DEL

TEATRO ANTIGUO Y MODERNO ESPAÑOL Y DEL ESTRANGERO.

Degollacion de los inocentes

MADRID.

LIBRERIAS DE ESCAMILLA Y CUESTA.

LA DEGOLLACION
DE
LOS INOCENTES,

DRAMA BÍBLICO EN CINCO ACTOS,

TRADUCIDO DEL FRANCES

POR

D. G. F. Coll, y D. J. Gil.

MADRID:
EN LA IMPRENTA DE YENES,
CALLE DE SEGOVIA, NÚM. 6.
1840.

PERSONAS.

HERODES.
AMENOPHIS.
PHAZAEL.
JUAN.
ZACARÍAS.
AURELIO.
ELIAZAR.
UN HOMRRE.
LEVITA.
MARIANA.
MARTA.
RAQUEL.
SALOMÉ.
EBBA.
DONCELLA.
PONTÍFICE.
JACOB.

ACTO PRIMERO.

Un campo árido y despoblado, por el que atraviesa un camino pedregoso y abrasado por los rayos del sol. En el segundo bastidor de la derecha del espectador, una cabaña pobre. Algunas palmeras y muchas peñas: á la izquierda varios árboles.

ESCENA PRIMERA.

AMENOPHIS, *en trage humilde, y dos hombres armados.*

(*Empieza á amanecer; los dos hombres entran primero, y los sigue Amenophis: vienen por la derecha, donde se supone el camino de Jerusalen.*)

Hombre. Aqui es. (*Señala á la izquierda.*)

Amenophis. Al pie de esa peña?

Hombre. A la sombra de esas palmeras.

Amenophis. No hay nadie. (*Se acerca.*)

Hombre. Cuando está el sol enmedio de su carrera, es cuando viene á buscar al pie de esa peña un abrigo contra sus ardientes rayos.

Amenophis. Y estás seguro de que ese hombre?....

Hombre. Es el árabe Phazael.

Amenophis. Escuchad pues: ocultos ambos cerca de estos sitios, esperareis á que llegue: cuando le diviseis, avisadme con la trompeta, y estad prontos para cuando os llame; os necesitaré, y acaso tendreis que hacer uso de vuestros puñales. (*Los dos hombres saludan con la cabeza, y se van por la izquierda.*)

ESCENA II.

AMENOPHIS, *solo.*

Con que vive Phazael!.... Phazael, el único que conoce el crímen, porque fue el único instrumento de él. Ese hombre debia morir; pues morirá! Y por qué casualidad habrá logrado salvarse? Si habrá adivi-

nado que el mensage de que era portador era su sentencia de muerte? Si es eso no habrá entrado en la Arabia, como habiamos convenido, y ahora comprendo el silencio de Orbadas: aguardaba á que me anunciara que habia llevado á efecto mis instrucciones acerca de Phazael, y ni siquiera las conoce. Felizmente llego á tiempo: el rey Herodes no regresará á Jerusalen hasta caida la tarde; á esa hora no tendré ya por qué temer á Phazael.... oigo ruido!.... Ah! Será el dueño de esa cabaña.

ESCENA III.

AMENOPHIS. ELIAZAR, *que sale de su cabaña,*

y á poco JACOB.

Eliazar. Jacob no vuelve, y ya debiera estar aqui, porque no es mucha la distancia que hay de este sitio á Jerusalen. (*Se dirige hácia el camino del foro, y Jacob aparece.*) Ah! Ya llega....

Jacob. Aqui estoy, padre, (*Llega.*) aqui estoy! ibais á buscarme? Estariais impaciente: no me he detenido mas que el tiempo preciso para ver al gran sacrificador y á los ancianos de la tribu; pronto estarán aqui, y marcharemos al templo á presentar á mi hijo.... al nieto que os ha dado hoy hace dos años mi querida esposa!.... Pero sabeis las voces que circulan en Jerusalen?

Amenophis. Qué se decia? (*Se acerca.*)

Jacob. Quién es ese hombre?

Eliazar. No le habia visto hasta ahora.

Jacob. Hermano, porque á juzgar por tus vestidos eres de nuestra tribu, yo soy Jacob, hijo de Manasés, de la tribu de David. El anciano que aquí ves es Eliazar, padre de mi muger: ya sabes quiénes somos, dínos ahora quién eres tú.

Amenophis. Oh! No lo sabreis. (*Aparte.*) Me llamo Samuel, nací en la tierra de Efraim; huérfano desde la infancia, no conocí nunca las caricias de mis padres: hallándome sin medios de subsistencia, me dirigí á Jerusalen con la esperanza de encontrar en

palacio un acomodo ahora que el regreso del rey y su próximo casamiento....

Jacob. Cómo ha llegado hasta tí la noticia de su vuelta? Yo no la he sabido hasta hoy en la ciudad, en la que los heraldos la han publicado.

Amenophis. La sé porque antes de llegar á Jerusalen esos heraldos han pasado por nuestros campos. Nos han dicho que el viage del rey por la Judea toca á su término; y que ese viage le fué indicado cuando volvia de Roma, como medio de disipar la profunda tristeza que se habia apoderado de su alma, y que le devoraba desde la muerte de la reina Mariana. El medio sin duda habrá surtido efecto, puesto que al cabo de dos meses escasos de ausencia vuelve Herodes decidido á contraer nuevo enlace.

Jacob. Y con quién dirias que se casa? (*A Eliazar.*) con la hija de su favorito Amenophis.

Eliazar. Con la hija de Amenophis, dices? de un apóstata?

Amenophis. Apóstata Amenophis?

Eliazar. No es Amenophis: su nombre es Simon.

Amenophis. (*Inquieto.*) Le conoceis?

Eliazar. Jamás le hemos visto.

Amenophis. (Respiro!)

Eliazar. Pero sin haberle visto le maldecimos, porque despues de haber abandonado á Dios abandonó tambien á su padre!

Jacob. Y se ha elevado á la cumbre de los honores á fuerza de bajezas y de crímenes! Oriundo de la clase mas ínfima de los judios, ha cubierto de púrpura sus toscos vestidos, y ciñe la espada de los patricios romanos. Oh! Cuántos cadáveres le han servido de escalones para subir al afrentoso puesto en que se halla.

Amenophis. (Insensato!)

Jacob. Cuando Herodes fue llamado á Roma hace dos años por el emperador Augusto para dar cuenta á la justicia imperial de su reinado de dilapidaciones y asesinatos, confió al cruel Amenophis la horrorosa mision de inmolar á la reina Mariana, en el caso de que él sucumbiera bajo la justicia del emperador.

Amenophis. Pero esa órden bárbara no se llevó á efec-

to; dicen en nuestros campos que Amenophis rehusó ejecutarla.

Jacob. Ignoro si era capaz de abrigar semejante generosidad; pero la pobre reina, que no lo creia, luego que tuvo noticia de tan inhumana orden, resolvió librarse del peligro llevándose á su hijo. Una noche, mientras que todos dormian en palacio, emprendió la fuga, y en esa fuga perecieron ambos devorados segun dicen por los tigres y leones del desierto, al atravesar la distancia que separa á Jerusalen del palacio de verano de Masada, en el que queria buscar un asilo.

Amenophis. Es cierto que al dia siguiente encontraron en las malezas del camino los pedazos ensangrentados de las vestiduras, y encima de las piedras tambien teñidas en sangre su diadema y sus alhajas?

Jacob. Y tan cierto!.... Lo cual no permite dudar sucumbiesen á manos de asesinos, porque no hubieran dejado escapar tan rica presa.

Amenophis. (*Aparte con alegria.*) Ninguna sospecha, ni aun entre ese pueblo que me detesta.

Eliazar. Pobre reina! Era tan buena, tan compasiva; nunca la imploraban en vano el dolor y el infortunio! Y el rey que la amaba tanto se casa con otra?

Jacob. El rey al perder á Mariana perdió tambien al hijo único que ella le habia dado: el rey envejece y teme morir sin dejar un heredero de su sangre y nombre al trono de la Judea.

Eliazar. A pesar de ese nuevo enlace, la raza de los Herodes no se perpetuará en el trono; el santo lo ha predicho.

Amenophis. Qué santo?

Eliazar. El profeta del desierto, Juan el precursor, llamado asi, porque precede y anuncia la venida del Mesías. Entre nosotros habita y á los hijos del llano dirige sus acentos inspirados, porque los hijos de las ciudades han permanecido sordos á su voz; porque Jerusalen no ha comprendido todavia al enviado del Señor. Muchas veces le vemos pasar con la cabeza desnuda y cubierto el cuerpo con la piel de un cordero, enagenado por sus pensamientos religiosos y sus santas meditaciones. Ayer mismo ha

bendecido á mi hijo, que hoy, aniversario de su nacimiento, vamos á presentar en el templo. (*Música y canto á lo lejos.*)

Amenophis. Qué canto es ese?

Eliazar. El de nuestros sacerdotes y de las madres de Israel.

Jacob. (*Yendo al foro.*) Distingo á lo lejos á Zacarias el gran sacrificador.

Amenophis. El gran sacrificador!... (Me conoceria.) (*Aparte á Jacob.*) Hermano, otra palabra antes de separarnos.

Jacob. Pues qué no nos acompañas al templo? y cuando regresemos no aceptarás en mi cabaña el pan de la hospitalidad?

Amenophis. Hace un momento, hermano, que esa cordial oferta hubiera colmado todos mis deseos; pero tus últimas palabras han inspirado en mi alma otros pensamientos. Cerca de estos sitios me has dicho que habita el hombre de Dios, el venerable profeta? No quiero atravesar estos desiertos sin haberme antes arrodillado delante de él. Hermano, dónde está la habitacion del santo?

Jacob. El techo de su cabaña es la bóveda del cielo; pero no se pasa dia sin que venga á sentarse al pie de este sicomoro.

Amenophis. Aguardaré: gracias, y á Dios, hermano. (*Le da la mano.*)

Jacob. A Dios, mi huesped, porque este momento en que mi mano toca la tuya te hace tan sagrado para mí como si hubieses pisado el umbral de mi cabaña.

Amenophis. (*Alejándose y aparte.*) No es al impostor á quien debo esperar sino la señal que me ha de entregar mi víctima. (*Vase por la derecha, mientras que por la izquierda entran Zacarias, los ancianos de la tribu, los levitas y las mugeres, cantando un coro religioso.*)

ESCENA IV.

JACOB. ELIAZAR. ZACARIAS, RAQUEL. ANCIANOS. LEVITAS *y* JUDIAS.

CORO.

Zacarias. Hijo de Manasés, la bendicion del cielo desciende sobre tu casa y los votos de tus hermanos son para tu familia.
Jacob. Salud al gran sacrificador: salud á vosotros todos, hermanos.
Zacarias. Tú has llamado hoy á la puerta del templo, y el templo se ha abierto: ¿qué fuiste á pedir al Señor?
Jacob. Que continue mirando con indulgencia al hijo que me ha dado: que me permita que sea presentado hoy por tercera vez delante de sus altares, y que vuestras súplicas, venerable pontífice, se dirijan á esta humilde casa, en la que segun nuestros santos ritos debe la madre permanecer encerrada mientras que nosotros vamos al templo.
Zacarias. Hijo de Manasés, en estos tiempos de luto y de abatimiento la venida de un recien nacido á la pobre y santa cabaña de un servidor fiel del Dios de Abraham, es una felicidad y una alegria para todo Israel. Quién presentará el niño en el templo?
Raquel. Yo, Raquel, hermana de Eliazar.
Zacarias. (*Mientras que Raquel entra en la cabaña.*) Hijas de Israel, anuncien vuestros cánticos á la esposa de Jacob que vamos á rogar por ella. Eliazar, Jacob, colocáos á mi lado. Raquel, llevad delante de nosotros la preciosa carga. Las nubes suben al horizonte, y encapotándose el sol mitiga las fatigas del camino: partamos, hijos.

CORO.

(*La comitiva se aleja lentamente: óyense los cánticos que van disminuyéndose por grados. Durante este tiempo la escena ha estado un momento vacia: vése luego entrar á Phazael sumamente fatigado y andando con trabajo: va hasta cerca de la peña de la*

izquierda, y se deja caer en una piedra que forma una especie de cama.)

ESCENA V.

PHAZAEL, *solo.*

Nada he podido conseguir! Estoy abrumado de cansancio.... el sol se ha ocultado seis veces desde que yo me consumo en inútiles investigaciones.... pobre muger! qué habrá sido de ella sola con su hijo! Esos salteadores amalecitas que estos últimos dias han estado por esta parte del territorio de Jerusalen habian penetrado durante mi ausencia en la gruta que le servia de asilo.... y tal vez.... He regresado á ella... estaba desierta.... ninguna huella quedaba de esa desgraciada madre! Si no ha sucumbido al hierro de los bárbaros, habrá muerto de hambre y de sed, porque hace mucho tiempo que no tenia mas alimento para sí y para su hijo que la caza del árabe Phazael.... muerta!... y el hijo! el hijo tambien muerto!... y cuanto he hecho por salvarlos ha sido inútil!... Ay de mí! (*Al pronunciar estas últimas palabras abrumado de fatiga, cierra los ojos y se duerme: óyese una música suave: por el foro aparece un hombre cubierto de vestidos salvajes con brazos y piernas desnudas. Se acerca con lento paso á Phazael y le toca en el hombro.*)

ESCENA VI.

PHAZAEL. JUAN.

Juan. (*Tocándole.*) Phazael!....
Phazael. (*Despierta.*) Quién me llama?
Juan. El enviado de Dios.
Phazael. Qué quieres de mí?
Juan. Preguntarte por qué te duermes en este sitio cuando el rey Herodes va á entrar en Jerusalen.
Phazael. El rey?
Juan. Cuando Amenophis va á fabricar á su hija un carro triunfal con el ataud de la reina Mariana.

Phazael. La reina? Dónde está?

Juan. Tú debes saberlo.

Phazael. Saberlo yo? Oh! Tú, quien quiera que seas, mortal ó Dios, habla á mi espíritu como hablas á mis oidos. Ilumíname, qué debo hacer? A quién debo creer? Adónde debo de ir?

Juan. Debes hacer lo que te dicte tu conciencia, como lo hiciste el dia que fuiste salvador en vez de ser asesino; debes creer en Dios que te conduce: debes ir adónde su mano te encamine sin detenerte hasta tanto que hayas llenado tu mision; pero sea cual fuere la direccion que lleves guárdate del torrente de Cedron.

Phazael. No te comprendo.

Juan. Cuando nos volvamos á ver me habrás comprendido.

Phazael. Cuando nos volvamos á ver? Dónde?

Juan. En Jerusalen, en el palacio del rey Herodes, donde mi mision debe empezar y concluir en un mismo dia.

Phazael. En el palacio de Herodes? Oh! No me separo de tí. (*Da un paso para seguirle: óyese un toque de clarin, y Juan le detiene con un gesto.*)

Juan. Tu puesto es aqui.... porque esa señal anuncia tu presencia al hombre que te aguarda.

Phazael. Quién es ese hombre?

Juan. (*Señala á la izquierda.*) Mírale. Pero guárdate del torrente de Cedron. (*Entrase por el foro, y Amenophis sale por la izquierda.*)

ESCENA VII.

PHAZAEL. AMENOPHIS.

Phazael. (Amenophis!)

Amenophis. (No me han engañado, es él.)

Phazael. (Amenophis aqui y con esos vestidos!... Si me habrán vendido!)

Amenophis. (*Acercándose.*) Phazael, es así como cumples tus promesas?

Phazael. (Audacia.) Yo, señor, he hecho cuanto habia prometido.

Amenophis. Y Mariana?

Phazael. Murió!

Amenophis. Su hijo?

Phazael. Murió tambien.

Amenophis. Qué hiciste de sus cadáveres?

Phazael. Obedeciendo vuestras órdenes la llama de la hoguera....

Amenophis. Bien.

Phazael. Sus vestidos ensangrentados, sus alhajas....

Amenophis. Sí.... todo eso está bien: pero debia yo volverte á ver aquí? Ese pergamino que te habia dado para Orbadas, rey de los árabes?...

Phazael. (*Le saca*) Aqui está.

Amenophis. (*Le examina.*) Ni siquiera ha sido abierto.

Phazael. Orbadas era el único que debia abrirle, y yo no he visto á Orbadas.

Amenophis. Por qué?

Phazael. Porque despues de haber asesinado á la madre y al hijo me dirigí hácia las fronteras de la Arabia, fui sorprendido por una partida de amalecitas, quienes me llevaron prisionero, despojándome del oro que vos me habiais dado con anticipacion en pago de mis servicios.... Al cabo de tres meses de la mas cruel esclavitud logré escaparme, y habiendo repasado el Jordan me ví en la necesidad de venir á buscar un asilo en el llano y en los bosques de Masada, donde hace algunos dias han vuelto á aparecer los salteadores.

Amenophis. Y por qué no entraste en Jerusalen?

Phazael. Porque tuve noticia de que cuando el rey regresó á Judea salisteis vos acompañándole á recorrer sus estados. Aguardaba vuestro regreso sin salir del desierto, porque no queria que pudiérais acusarme de haber puesto el pie en Jerusalen estando vos ausente.

Amenophis. (Este hombre es sincero; no me ha descubierto.... pero solo el sepulcro puede callar siempre.) Bien, mi fiel servidor, muy bien; estoy satisfecho de tu celo, y para recompensarlo te doy en primer lugar esta bolsa; ademas, en vez de ese mensage cerrado en que únicamente pedia al rey de Arabia un empleo secundario en el ejército para el valiente

Phazael: toma, lee este pergamino abierto que te asegura en tu tierra natal el puesto que debes ocupar.

Phazael. (*Leyendo.*) Qué veo! Gefe de la guardia de Orbadas! (Desconfiaba injustamente. Será cierto que quiera recompensarme?) Ah, señor!

Amenophis. Ya puedes marchar, amigo mio; debes estar lejos de Jerusalen. Y para que el viaje sea á la vez mas cierto y mas seguro sigue el camino que te indico.... pasa por el torrente de Cedron.

Phazael. (El torrente de Cedron!) Gracias, obedeceré. (Pero me acordaré de las palabras del desconocido.)

ESCENA VIII.

AMENOPHIS, *á poco los dos hombres.*

Amenophis. (*Llamando á media voz.*) Venid.

Hombre. Señor?

Amenophis. Adelantaos á ese hombre; id á esperarle en el torrente Cedron por donde debe pasar; el abismo es profundo.

Hombre. Comprendo.

Amenophis. No olvideis que ese árabe es valiente.

Homb. Le heriremos por la espalda, descuidad. (*Vanse.*)

Amenophis. Mariana y su hijo han muerto; Phazael va á morir!... Nadie puede oponerse á mi grandeza! Para mi hija la mitad del trono! Yo seré dueño del trono y de Judea. (*Vase.—El viento va en aumento, las nubes se han aglomerado, el cielo está oscuro: relámpagos y truenos. Por el lado opuesto al que se fue Amenophis, sale una muger vestida miserablemente; apenas puede andar; apoyáse con una mano á las rocas y en los árboles, y con la otra estrecha contra su seno á un niño sin movimiento.*)

ESCENA IX.

LA MUGER, *sola.*

Piedad, Dios mio! (*Cae de rodillas.*) Piedad para una madre! Perdon para una tierna criatura! Qué he

hecho, cielos, para que os desencadeneis contra mí! A mí alrededor las tinieblas.... el rayo, los relámpagos.... y no hay siquiera una gota de agua para reanimar á mi hijo! á mi hijo que muere sobre mi agotado seno!... Aquí está, sin movimiento.... sordo á mis gemidos.... casi yerto.... yerto estando en los brazos de su madre!.... Dios mio! Y le he de ver morir.... Nada.... nada!... todo está en silencio.... la noche.... el desierto!... (*Un relámpago ilumina la cabaña.*) Ah! si me habré engañado..,. Allí.... allí á ese lado.... sí.... una casa.... la veo!... Oh! voy á llamar. (*Procura levantarse, y cae.*) Pero las fuerzas me abandonan.... Socorro!... Socorro! Hijo mio! Salvad á mi...! (*Cae privada de sentido. La puerta de la cabaña se abre. Marta aparece en ella. Durante la escena que sigue va cesando la tempestad y aclara.*)

ESCENA X.

LA MUGER. MARTA.

Marta. He oido voces.... gemidos.... y ahora todo está en silencio! Me habrá engañado? (*Da algunos pasos y vé á la muger.*) Qué veo! Una muger. (*Viendo el niño.*) Es madre! Volved en vos.... (*La levanta.*) Pobre muger!... Yo salvaré á vuestro hijo, aguardad, aguardad.... (*Entra en la cabaña.*)

Muger. Salvar á mi hijo!... (*Intenta sostenerse sentada en el suelo.*)

Marta. (*Vuelve con agua y quiere hacérsela beber.*) Tomad, tomad.

Muger (*Retirándose y señalando al niño.*) Oh! á él, á él antes....

Marta. Sí, sí.... os comprendo.... la vida de vuestro hijo os devolverá la vuestra....

Muger. Oh! Sois un angel.

Marta. No.... soy madre.... mirad.... mirad.... ya abre los ojos....

Muger. (*Tomándole.*) Hijo mio!... hijo mio!... me mira, me tiende los bracitos.... (*Le cubre de besos y de lágrimas.*)

Marta. Es tiempo de que penseis en vos; debeis vuestra existencia á esta débil criatura.... pobre madre!....

Muger. Gracias, gracias, ahora me encuentro fuerte. Mi hijo se ha salvado! (*Durante este tiempo se ha tranquilizado.*)

Marta. Pero por qué casualidad os encontrais aqui sola, abandonada?

Muger. Oh! No me pregunteis. Dia vendrá tal vez en que se disipará el misterio que me rodea; la pobre muger se acordará entonces de lo que habeis hecho, porque os conserva todo el agradecimiento que puede abrigar el corazon de una madre!

ESCENA XI.

Dichas. JUAN: *sale á las últimas palabras, y se coloca entre las dos.*

Juan. Hija de Eliazar, conserva bien en tu memoria la promesa que acaban de hacerte. Vos, muger, (*A Mariana.*) marchad al instante, porque ahora vuestro puesto no es ya en el desierto.

Muger. Pues dónde es?

Juan. En Jerusalen, á cuya ciudad acaba de llegar el rey.

Muger. En Jerusalen? Y quién me guiará?

ESCENA XII.

Dichos. PHAZAEL.

Phazael. (*Entra con un puñal en la mano.*) Yo, señora.

Muger. (*Corriendo hácia él.*) Phazael!.... No me has abandonado. Ah! Gracias!

Phazael. A ese hombre debeis dárselas, señora, porque por sus consejos me he guardado del torrente de Cedron. (*Tira el puñal ensangrentado á los pies de Juan.—Cuadro.*)

ACTO SEGUNDO.

Sala del palacio de Herodes de arquitectura romana y oriental: en el foro jardines: se baja á ellos por una escalera de mármol, de la que se ven algunas gradas. A la derecha del espectador, en el segundo bastidor, la habitacion de la reina cerrada por una puerta. A la izquierda, en el primer bastidor, una habitacion cerrada por un tapiz, y que tiene una salida secreta que da al campo y á los jardines. En el mismo lado, en el segundo bastidor, el trono de Herodes: en una grada cubierta de suntuosos tapices está el sillon real: á la derecha y á la izquierda del trono las águilas y los trofeos romanos.

ESCENA PRIMERA.

AURELIO. MAGOS. CALDEOS. OFICIALES *y* CORTESANOS.

CORO.

Aurelio. Sí, viva Herodes, rey de Judeá; y viva tambien Amenophis, su primer ministro!

ESCENA II.

Dichos. AMENOPHIS, *y acompañamiento.*

Amenophis. Los astros nos sean propicios! Ilustres hijos de los caldeos, que leeis en la bóveda celeste el destino de los humanos, fijad vuestras miradas en la estrella de mi hija querida, y haced descender desde ella la felicidad para la hermosa jóven y para su real amante!

Aurelio. Cuándo se verifica la ceremonia del casamiento?

Amenophis. Antes de que el sol haya llegado á la mitad de su carrera.

Aurelio. En qué altares se unirán los esposos?

Amenophis. En los de los sacerdotes del capitolio: e lugar teniente del César debe seguir el culto del imperio.

Aurelio. El rey no ha salido hoy todavia: está enfermo?

Amenophis. El largo viage que acabamos de hacer habia disminuido la desesperacion á que se habia abandonado despues de la muerte de su esposa; pero al ver estos sitios se han renovado todos sus dolores; el recuerdo de la que él llama su víctima está sin cesar presente en su imaginacion!.... La otra noche le sorprendí pálido, desencajado, vagando por las inmensas galerías del palacio, y persiguiendo al parecer una sombra, un fantasma.

Aurelio. Y no temeis, señor, que su doloroso estado acarree algun cambio en sus proyectos, ó cuando menos los retarde?

Amenophis. El mismo rey es el que para llenar sin duda el vacío de su corazon, apresura este nuevo himeneo, y quiere que todo esté dispuesto para la ceremonia. Hace algunas horas que le he dejado mas tranquilo, rodeado de los músicos y cantores de la corte: las harpas de oro bastan algunas veces para mitigar sus dolores y calmar su frenesí; venid, vais á presentaros á él, y cuando llegue el momento de hablar, acordaos de mis deseos y de vuestro interés. (*Vanse todos por la puerta del foro.*)

ESCENA III.

PHAZAEL, *solo.*

(*El tapiz del primer bastidor de la izquierda se levanta y sale.*)

Animo, Amenophis, ánimo! Sigue, sigue en tu orgullo y en tu ceguedad! Se acerca el momento en que debe desplomarse el edificio de tus sueños de ambicion! Ministro y favorito del señor, tu poder se estrella contra la debilidad de un esclavo, y tu poder desaparecerá; porque si tus ojos abrazan todo un impe-

rio, los mios han penetrado en lo mas recóndito de este palacio. (*Oyese una música lejana. La fiesta empieza.*) No, no es aun el himno del himeneo..... Herodes es como Saul que necesitaba cantos armoniosos para mitigar los padecimientos de su alma y para adormecer los huracanes de su corazon. (*Oyese cantar dentro un coro de doncellas. Phazael escucha el coro por espacio de algunos momentos; se acerca en seguida á una ventana que da á los jardines, y dice de pronto mientras que el coro continua.*) No me engaño... alguien se desliza á traves de los jardines.... allí... por entre aquellas higueras! (*Acércase á la habitacion de la izquierda y se pone á escuchar.*) La seña....! bien...! Amenophis, tu hija está tan distante del trono de Judea, como Phazael del torrente de Cedron! (*Entra en la habitacion. En este momento es interrumpido el coro por un gran tumulto; óyense gritos terribles.*)

ESCENA IV.

HERODES. ARMENOPHIS. DONCELLAS *con arpas y canastillos de flores*; ESCLAVOS, *teniendo en la mano braserillos en los que arden perfumes. Entran todos en tumulto y como empujados por* HERODES *que se lanza en medio de ellos con desencajados ojos y desordenados los vestidos. Arranca á una doncella la arpa de oro y la arroja al suelo.*

Herodes. Callad, callad! No mas canto...! Escuchad...! No ois profundos gemidos? Son los de mis hijos ahogados por orden mia... y ese anciano que está espirando... es el gran sacrificador Hircaut... y ese joven asesinado perfidamente al salir de una fiesta, es Aristóbulo...! Qué oigo...! La trompeta de los sublevados contra mí en Israel... Donde están las legiones romanas... Entrad soldados, entrad en Jerusalen, herid sin compasion... y al que sea bastante osado para salir á la calle, que resbale en la sangre de sus hermanos! matad, degollad! ah, ah...! (*Herodes vacila y cae en los brazos de Amenophis, quien con el ausilio de los esclavos, le coloca en un lecho de descanso. Terror y estupefacion general.*)

Amenophis. Alejaos para que cuando vuelva solo me vea á mí á su lado. (*Todos se alejan lentamente.*)

ESCENA V.

HERODES. AMENOPHIS. (*Poco á poco va volviendo Herodes: Amenophis le observa inmovil.*)

Herodes. Donde estoy?
Amenophis. Al lado de vuestro mas fiel servidor.
Herodes. Ah! Eres tú.... Qué ha sucedido?
Amenophis. Nada.
Herodes. Oh...! No me digas eso... (*Recobrando la razon.*) El delirio me estravia, y nunca me acuerdo de lo que he padecido, ni de lo que me ha hecho padecer..... Pero hoy era ella... Sí: ella misma la que se me ha aparecido.
Amenophis. Qué decís, señor?
Herodes. Revestido de púrpura en medio de mi corte; embriagado de perfumes y entregado todo á la imaginacion de Sara, tu hija que iba á serme presentada por tí, dejaba flotar vagamente mi pensamiento. Fijé mis miradas en los jardines de palacio, y de pronto.... ¿Los muertos no han salido algunas veces del sepulcro?
Amenophis. Volved en vos, señor.
Herodes. Sí, tienes razon: debo tranquilizarme, porque de lo contrario podrian decir los judios que soy tan tímido como su rey Saul y que he escondido mi rostro en el polvo delante de una fantasma. Pero repito que era su sombra la que he visto pasar por esos jardines.
Amenophis. Mariana ha muerto, señor.
Herodes. Calla, no quiero oir pronunciar el nombre de esa muger, cuyo recuerdo me persigue por todas partes; de esa muger, cuya imagen se me ha aparecido hace un momento.... huyendo de mí con un niño en los brazos.
Amenophis. Error.... Ilusion de un amor mal apagado!
Herodes. Amor...! Crees tú que mi corazon está aun sujeto á esas frívolas emociones? Que echo de menos á la muger? O que me quejo de mi viudez? No: pero esa muger huyó con mi hijo, el último de to-

dos...! el único que Dios reservaba á mi vejez, un hijo que era mi orgullo, mi esperanza... y el cual me ha arrebatado la imprudencia de su madre...!

Amenophis. (*Despues de una pausa.*) Quereis, señor, que mande suspender la fiesta?

Herodes. No; me abandono ya demasiado á vanos temores. Por qué he de trocar mis pesares en remordimientos? Seré capaz de olvidar por ellos la gloria de mi nombre y el porvenir de mi raza...! No, este nuevo himeneo... Vé á disponerlo todo para dentro de una hora... Lo mando. Ve y no olvides que aguardo.

Amenophis. (*Aparte y se va.*) Al fin...

ESCENA VI.

HERODES, *solo.*

Sí, á Sara la real diadema, un asiento en mi trono, y en él podrá sentarse todavía un heredero de mi nombre. (*Deteniéndose.*) Un heredero! Debo creerlo? Esta consoladora esperanza, será acaso un juguete con que quieran entretener mi vejez? Esa turba de lisonjeros anuncia públicamente la grandeza futura del hijo que debo esperar, y tal vez en su interior se rie de mi credulidad. Ah! cuando pienso que Mariana me habia dado este hijo tan deseado y que ha muerto con ella... Oh! la maldicion del cielo ha caido sobre mí... Mis celos infernales me dictaron la orden bárbara que aterró á mi desgraciada esposa... Y yo mismo he sido el matador de mi hijo...

ESCENA VII.

HERODES. PHAZAEL.

Phazael. (*Levanta los tapices del cuarto y se arroja á los pies de Herodes.*) Señor!

Herodes. Quién eres tú? Tu nombre?

Phazael. Phazael.

Herodes. Qué te trae?

Phazael. Vengo á haceros un servicio....

Herodes. (*Con desprecio.*) Vienes á hacerme un servicio? Tú...?

Phazael. Ya sé que un esclavo es mucho menos que un hombre y poco mas que un irracional... Pero si este esclavo te dijera lo que ni magos ni adivinos podrian revelarte...?

Herodes. Levántate, te escucho.

Phazael. Despues de la batalla de Actis, mandada por Cesar Augusto, marchaste á Roma. Temias que el nuevo emperador te pidiera cuenta acerca de tu estrecha amistad con Antonio, y dominado por los celos, mandaste secretamente á Amenophis, encargado del gobierno durante tu ausencia, que hiciera asesinar á Mariana si tú no volvias á Jerusalen.

Herodes. (*Con interes.*) Prosigue.

Phazael. Amabas tanto á la reina Mariana que temblabas al considerar que podia pertenecer á otro despues que á tí.

Herodes. Esclavo...!

Phazael. Por eso Amenophis me agregó á la servidumbre de Mariana, que acababa de obtener lo que tantas veces habia pedido en vano al cielo, la felicidad de ser madre; ese hijo, que la reina llevaba en su seno el dia de tu partida, ese hijo esperanza de su padre, vió al fin la luz... Y aquí callo lo que sabes, señor, para revelarte lo que ignoras.

Herodes. Acaba, acaba!

Phazael. Fui encargado por Amenophis de revelar á la reina la orden que habias dado antes de marchar, y por mí la dió tambien misteriosamente un falso aviso. «El favorito de Antonio, decia el mensage, ha sido tratado como enemigo por Augusto: el emperador le ha despojado á Herodes de la diadema, ha entregado su cabeza á la hacha de los lictores romanos, y Mariana víctima como su hijo, de la orden dada por su esposo debe ir muy pronto á reunírsele en el otro mundo.»

Herodes. No olvides, esclavo, de quien hablas, y á quién hablas!

Phazael. A quién hablo? A un príncipe indignamente engañado... De quién habló? Del ministro que le ha vendido. Aterrada, fuera de sí á los peligros que

la amenazan, la pobre muger abandona furtivamente el palaeio, y se escapa por la noehe de Jerusalen para refugiarse en Massada. Esto era precisamente lo que deseaba Amenophis. Un hombre recibió la orden de seguirla al desierto que iba á atravesar, y de herirla á ella y á su hijo.

Herodes. Es cierto lo que dices?

Phazael. Pero el pueblo la amaba y su esposo la adoraba; y era preeiso oeultar el crimen, para evitar eludir la venganza: el hombre debia dejar en el eamino, los brillantes, adornos y ricos vestidos de sus víetimas ensangrentados, y para que todo se verificase eomo lo habia meditado, el hombre que eligió Amenophis, fuí tambien yo.

Herodes. (*Con furor.*) Tú el matador de Mariana! Tú el asesino de mi hijo!

Phazael. Señor, el asesino de Mariana habia oido contar á los hijos de Israel la historia de ese Jaeob, á quien presentaron los vestidos de su hijo teñidos en la sangre de una oveja; y ese asesino se acordó.... Mirad....! (*Phazael se precipita á la puerta de la izquierda y la abre: Mariana vestida como en el primer acto se arroja y cae á los pies de Herodes, que queda estupefacto.*)

ESCENA VIII.

HERODES. MARIANA. PHAZAEL.

Mariana. Señor...

Hesodes. Qué veo? Mariana viva...! Oh! mis ojos no me han engañado.... es ella...

Mariana. (*Por Phazael.*) Este es mi libertador!

Herodes. (*Idem.*) Ah! fiel servidor...!

Phazael. La reina Alejandra su madre, me libró del deguello de los prisioneros, euando mis hermanos del desierto eaian á los filos de tu acero, veneidos y dispersos... El árabe ha pagado su deuda!

Herodes. La reina eubierta de andrajos!

Mariana. No era mas que una reina fugitiva sin pan y sin asilo...! Hasta que mi esposo regresara convenia que Amenophis me ereyera muerta.

Herodes. Amenophis...! Oh! mi venganza será terri-

ble! Pero hablad, señora, hablad... Aguardo de vos una palabra que debe salvaros ú obligarme á maldeciros.... Decid, habeis venido sola á este pelacio?

Mariana. Sola cuando vais á pedir á otra muger un heredero para el trono...? No, Mariana viene á deciros: «Yo, señor, os traigo á vuestro hijo.» (*Phazael que se ha acercado á la puerta de la izquierda, levanta el tapiz. Herodes dirige una mirada al interior de la habitacion y esclama.*)

Herodes. Vive! vive mi hijo...! Oh! quiero estrecharle en mis brazos...! Ese ruido...? Son ellos! ellos! miserables... (*A Phazael.*) Tú, fiel servidor, que supiste salvarle quédate aqui para velar por él. (*Cae el tapiz y ocúltase Phazael.* (*A Mariana.*) Vos ocultaos en esa estancia que permanece cerrada desde que la abandonásteis, y que solo debia abrirse para recibir á la reina de Judea. (*Mariana entra en la habitacion. Herodes cierra la puerta y vase luego por un lado y entran los que siguen por el foro.*)

ESCENA X.

HERODES. AMENOPHIS. AURELIO. MAGOS. PONTIFICES ROMANOS. SARA *y su acompañamiento.* SOLDADOS. ESCLAVOS. PUEBLO.

CORO.

(*Entran primero los soldados romanos, siguen los esclavos, los magos, los que cantan el coro: Sara sostenida por dos jóvenes, detras las mugeres de su servidumbre y los augares; detras de ellos el rey con la corona apoyado en Amenophis y seguido de todos los cortesanos. En el foro, en los jardines y las galerias el pueblo. Desfilan cantando el coro. Durante esto se ha sentado Herodes en el trono.*)

Amenophis. Si el rey lo permite, antes de dar señal de la ceremonia y para que empieze bajo los mas felices auspicios los magos y sacerdotes de la Caldea, y los augures romanos que están aquí presentes, nos revelarán el brillante destino que han leido en el cielo, y que aguarda al real himeneo que se prepara.

Herodes. Acercaos, intérpretes del cielo; decid la felicidad y la gloria que el porvenir promete á la nueva esposa del rey Herodes. (*Silencio religioso. Los sacerdoles se colocan en medio del teatro. Aurelio está á su cabeza.*)

Aurelio. Sol, astro divino, permite á un mortal el mirar cara á cara tus celestes rayos! Oid todos lo que leo en ardientes páginas de ese libro de fuego. El nuevo enlace de un gran rey va á fecundar un lecho esteril, y el noble descendiente que dará la esposa á su esposo, eternizará en el trono de Judea la gloria y el poder de un nombre que no debe morir.

Todos. Honor! Honor al rey!

Un pontífice. El niño que nazca será ciudadano romano. El César le protegerá con su poderosa amistad; el águila le cubrirá con sus alas, y en el cielo los ángeles se colocarán siempre á su derecha. Feliz mil veces la madre de ese niño! porque reinará en los llanos, en los montes y en los valles, porque de Oriente á Occidente la punta de su acero se paseará triunfante, y su carcáx será una especie de sepulcro abierto para sus enemigos. Honor al rey! gloria á la reina!

Todos. Gloria, gloria á la reina!

Herodes. (*Se levanta.*) Sí, gloria á la reina!.... He prometido que este dia seria el de su triunfo. Esa estancia real cerrada por tanto tiempo, va á abrirse para la que debe ocupar la mitad del trono. Amenophis, toma esa llave de oro; á tí te toca abrir esa puerta. (*Amenophis recibe de rodillas la llave: adelántase arrogante en medio de la multitud, que le hacen paso, y abre la puerta de par en par. Mariana aparece vestida de reina con diadema &c.*)

ESCENA X.

Dichos. LA REINA.

Amenophis. (*Retrocediendo.*) Qué he visto?

Todos. Mariana!!

Herodes. Sí, Mariana, víctima de la mas negra traicion; Mariana, á quien habeis creido muerta, y

quien recobro hoy para la felicidad de mi pueblo y la gloria de mi nombre. Mariana, en fin, á quien debiais volver á ver hoy, porque para hoy os habia prometido que tendriais una reina.

Todos. Viva Mariana! Viva la reina!

Herodes. (*A Amenophis, que cae á sus pies.*) De rodillas, traidor. (*Llama.*) Phazael! Phazael! (*Phazael aparece por la puerta de la izquierda.*) Arráncale las insignias y distintivos de su poder; para tí son sus dignidades y empleos. (*A Mariana.*) Y vos ahora, decidid de su suerte: sea cual fuere vuestra sentencia, os juro que al instante será egecutada....

Mariana. (*A Amenophis.*) Levántate y vete.

Herodes. Le concedes la vida?

Mariana. Es padre!

Herodes. Que viva, pero lejos de Jerusalen.

Amenophis. (*Bajo á Phazael, y vase.*) Traidor!....

Phazael. (*Idem.*) Acuérdate del torrente de Cedron. (*Vase Amenophis: movimiento general.*)

ESCENA XI.

Dichos, escepto AMENOPHIS.

Herodes. Y ahora, sacerdotes, que celebrábais la grandeza de una reina que yo no habia saludado aun con el nombre de esposa; magos, que vaticinais los triunfos y la gloria de un niño por nacer, no anunciareis nada á la madre del heredero de mi nombre? (*Señala á la habitacion donde ha colocado la cuna del hijo.*) Será muda vuestra ciencia delante de la cuna de vuestro príncipe?

Todos. (*Miran con sorpresa y respeto.*) Oh!

Herodes. Veamos quién de vosotros se encarga de revelarme el porvenir de mi hijo. (*Todos se inclinan inclusos los magos, guardando profundo silencio. Uno solo permanece de pie, se adelanta y dice:*)

Mago. Yo!

Herodes. Tú? en efecto; nada me has vaticinado todavia. Habla: qué anuncias?

Mago. Te anuncio, rey Herodes, que ha nacido un niño cuyo nombre debe borrar el tuyo; porque do-

minará desde los altos cielos, y los reyes de la tierra se humillarán en su presencia.

Todos. Muera! Muera!

Herodes. Quién eres tú, que asi te atreves á hablarme?

Mago. Soy el que te dice: humíllate, rey Herodes, porque no eres digno de besar los pies del que yo anuncio.

Herodes. (*Con rabia.*) Tu nombre! tu nombre!

Mago. Juan el precursor. (*Deja caer la capa y capucha que le cubre, y aparece en el trage del primer acto.*

Herodes. Ah! eres tú, miserable impostor, el que va anunciando por la Judea la venida de no sé qué rey de los judios! Bien! Vas á morir! (*Los soldados se apoderan de Juan.*)

Mago. Rey Herodes, me acusas de impostor? Pues bien; fija tu mirada alli bajo, mas allá de Jerusalen, encima del monte Calvario, y cuando caiga mi cabeza, verás lucir en el cielo, á pesar de la claridad del dia, la señal de la eterna verdad, la estrella del Mesias.

Herodes. Llevadle. (*Los soldados se le llevan.*)

Mariana. (*Suplicando*) Señor!....

Herodes. No mas piedad.... quiero que mi pueblo sepa que Herodes sentado en su trono no teme á la impostura.... y perecerá todo el que se atreva á dudar de la grandeza futura del hijo de Mariana. La alegria y el placer reinen ahora en este palacio. (*Se sienta en el trono, y hace sentar á Mariana á su lado; las jóvenes se preparan para bailar: óyese de pronto un ruido sordo y lúgubre, y un rumor prolongado.*)

Todos. (*Las mugeres dan un grito.*) Ah!

Herodes. Está egecutada la justicia.

Mariana. (*Señala al monte.*) Ah! Señor! (*Con terror.*) Mirad! mirad!.... La estrella!

Todos. (*Fijan la vista en el Calvario.*) La estrella!

Herodes. La estrella!! (*Se queda petrificado.*)

ACTO TERCERO.

Galeria esterior del palacio, por la que se comunica á la habitacion del rey que está á la izquierda del espectador, y á la de la reina que está á la derecha. Para entrar hay que pasar por la estancia del príncipe. El fondo del teatro está cerrado con grandes tapices.

ESCENA PRIMERA.

(*Al alzarse el telon estan abiertos los tapices, y se ve un vestíbulo ó una escalera esterior, grupos de mugeres y esclavos á la puerta de la habitacion del príncipe: los unos queman perfumes; las otras arrojan flores desde lejos á la cuna.*)

ESCENA II.

Dichos. MARIANA, *que sale de su habitacion seguida de* PHAZAEL.

Mariana. Gracias, amigos mios, gracias por vuestros buenos deseos hácia mi hijo!.... Ojalá oigan los dioses vuestra voz como la oye la reina!

Phazael. Y podeis dudarlo, señora? Mirad cuán sereno está el cielo; el sol se muestra hoy mas radiante y puro que nunca.... Hoy es un gran dia.... dia en que segun las leyes romanas, todas las matronas deben llevar á inscribir á sus hijos en el libro de ciudadanos, franqueándoles de este modo la entrada en la gran familia:

Mariana. Y por eso llaman á esta fiesta la fiesta de la infancia... Ah! Con igual razon pudiera llamarse la fiesta de las madres.... Ven, míralas pasar. (*Pasan por el foro varias judias con sus hijos de la mano. Los niños saldrán vestidos de blanco y adornados con flores.*) Qué contentas van!.... En vano procuro reprimir mi

alegria al contemplar esa nueva generacion que ha nacido y crecerá con mi hijo para obedecer sus órdenes despues.

Phazael. Podreis decirme, señora, por qué se ha negado el rey á honrar la fiesta con su presencia?

Mariana. Desde el dia en que por orden suya cayó la cabeza de Juan el precursor no ha vuelto el rey á asistir á ninguna fiesta, á pesar de que ya ha trascurrido un año desde aquel suceso. No es ya su cólera imponente y terrible como en otro tiempo, no; se ha apoderado de él un abatimiento y una melancolía que en vano pretende dominar; repite incesantemente en voz baja las palabras que pronunció el profeta, y dirige de continuo sus ojos hácia el cielo como temiendo que aparezca en él de nuevo la fatal estrella. (*Un oficial que sale del cuarto del rey.*)

Oficial. (*Anunciando.*) El rey!

Mariana. El rey! Mucho tiempo hace que no acostumbra á salir de su estancia á estas horas.... Ah! Loado sea el cielo! Tal vez el recuerdo del dia de hoy y el rumor de la fiesta hayan disipado algun tanto sus pesares....Vendrá á abrazar á su hijo!....

ESCENA III.

Dichos. HERODES.

(*Durante las últimas palabras de la reina habrá salido un oficial seguido de soldados, los cuales se colocarán al foro. Mariana se dirige á recibir al rey. Phazael, los demas oficiales y el acompañamiento de la reina van á seguir el movimiento de esta, pero les detiene la presencia de Herodes que sale triste y sombrío: todos se retiran. Herodes atraviesa con lentitud el teatro, y absorto en sus reflexiones viene á sentarse en un sillon que habrá en el proscenio, sin advertir en los que le rodean.*)

Herodes. No puedo olvidar sus palabras: «Tu hijo no reinará en Judea.

Mariana. (*A Phazael.*) Lo oyes?

Herodes. «Y cuando caiga mi cabeza verás lucir en el cielo la estrella del Mesias. Esto fue lo que dijo, y

la estrella apareció en efecto.

Mariana. Cuándo le abandonará esa idea?

Phazael. (*Bajo á Mariana.*) Acercaos, señora; vuestra presencia disipará tal vez sus penas.

Mariana. Señor....

Herodes. (*De pronto.*) Quién es? Quién me llama?

Mariana. La reina.... vuestra esposa....

Herodes. (*Idem.*) Qué me quieres?

Mariana. Pediros, señor, que no os negueis á tomar parte en la fiesta que hoy se celebra.

Herodes. Fiestas!... Ah! sí, la fiesta de los niños.

Mariana. La de vuestro hijo.

Herodes. Y la del otro tambien.... la del que debe destronar al mio!

Mariana. Ah! Desechad esos tristes pensamientos.

Phazael. (*Con respeto.*) Perdonad, señor, si me atrevo á dirigiros la palabra inoportunamente tal vez.... pero creo que el poderoso Herodes no debia ocuparse por mas tiempo de las ridículas mentiras de un impostor.

Herodes. Mentiras?... Impostor, has dicho?... y la estrella? es impostura tambien? puedes negar que la viste? qué la vimos todos? Aquel astro solemne que mostró sus brillantes rayos en medio del dia, oscureciendo el vivo resplandor del sol, fué prodigio, no mentira!... Y así como aquel hombre á quien vosotros llamais impostor adivinó su aparicion, así pudo muy bien adivinar el porvenir de mi hijo, arrancando sus secretos al libro del destino. (*Enfureciéndose gradualmente.*) Las últimas palabras de aquel hombre, angel ó demonio, impostor ó profeta, encerraban el vaticinio de que otra raza llegaria á sentarse en el trono de Judea. Y aun venís, señora, á hablarme de fiestas y placeres?... quereis que escuche vuestros cánticos de júbilo, cuando siento zumbar incesantemente en mis oidos aquellas palabras de angustia, de prediccion y de muerte! Oh! por qué interrogué á aquel hombre? quién me librará de esa criatura que debe causar la ruina de mi hijo? quién será bastante á hacerme olvidar aquella estrella?

Phazael. Volved en vos, señor, y reflexionad con sereno rostro que la aparicion de la estrella solo prue-

ba que aquel hombre la habia adivinado!... Podeis dudar que cualquier mago, cualquier caldeo hubiera hecho otro tanto? Pobres pastores tenemos en nuestros desiertos que han aprendido á leer en el libro de los cielos, y que os vaticinarian la aparicion de un nuevo astro en época y hora determinada; pero es eso por ventura adivinar la suerte futura de los hombres? Todo lo que podiais temer, es que ese hombre hubiera proporcionado pretesto y osadia con su falsa ciencia al aguzado puñal de los asesinos, y de esos os responde Phazael. La vida de un soldado ha bastado muchas veces á salvar la de su rey, y yo respondo con mi cabeza de la existencia de vuestro hijo.

Herodes. Si, tu podrás responderme de los asesinos; pero quién me responderá del destino? Quién será capaz de asegurar la corona á mi hijo? No serás por cierto tú, que solo cuentas con tu adhesion y valor... tampoco vos, señora, que por único recurso contais con vuestras lágrimas; no, vosotros sois impotentes para restituir la perdida calma á mi angustiado corazon. Dejadme, dejadme os digo. (*Mariana y Phazael se retiran á alguna distancia. Los otros se quedan mas retirados, y todos guardan un profundo silencio. El rey continua despues de algunos instantes con voz triste.*) Un solo hombre hubiera podido comprenderme, si me hubiera sido fiel! Él tan solo era capaz de aconsejarme y de hallar un medio de salvacion. Su alma de bronce no retrocedia ante ningun crimen; era una serpiente que fingia adormecerse al sol para atraer mejor la presa!... Amenophis! Amenophis! Por qué provocaste mi cólera, obligándome á desterrarte? (*Sale Aurelio y entrega un mensage al rey; Herodes le recorre con la vista.*) Qué es lo que leo? (*En voz baja á Aurelio.*) Que entre al instante. Salid todos: marchad. (*Vase Aurelio por la puerta que corresponde al cuarto del rey. Retíranse todos. La reina entra en su habitacion seguida de su acompañamiento. Phazael y los demas se alejan por el foro. A poco tiempo vuelve á salir Aurelio acompañado de Amenophis que viene en trage de judio pobre.*)

ESCENA IV.

HERODES. AMENOPHIS.

Herodes. Tú aqui? Es cierto que eres tú?
Amenophis. Yo mismo, rey Herodes.
Herodes. Sin duda has adivinado mi pensamiento, porque hace un instante que te llamaba.
Amenophis. Y sé por qué?
Herodes. Sabes....
Amenophis. Que la prediccion de un profeta tiene inquieto y temeroso hace un año al poderoso Herodes, que en vano ha acudido á los hombres y á los dioses para que disipasen los temores que le asedian por la vida de su hijo; en fin que ni los hombres ni los dioses han hecho nada en su ausilio.
Herodes. Y á qué vienes entonces?
Amenophis. A hacer lo que ellos no han hecho.
Herodes. Ah! Bien lo decia yo!
Amenophis. Fui delincuente y me castigásteis; ofuscóme la ambicion y me despojásteis de todos mis títulos y honores: pues lo merecí, no debo quejarme de lo que ahora sufro. Pero ha llegado hasta el remoto asilo en que vivia la noticia de que mi soberano era desgraciado, y que los consejos de su humilde súbdito podian serle aun útiles, y.... he venido....
Herodes. Te lo agradezco, Amenophis.
Amenophis. Escuchadme ahora y responded. Estais dispuesto á seguir el consejo que voy á daros, sea el que fuere?
Herodes. Con tal que por él logre salvar la vida de mi hijo, te juro que le seguiré.... Mi hijo.... mi corona para mi hijo.... todo lo demas es nada para Herodes.
Amenophis. De vuestro hijo será la corona.
Herodes. Ah! habla presto.
Amenophis. Qué hariais si vinieran á deciros: rey de Judea, el niño que anunció Juan el precursor está en vuestro poder....
Herodes. Oh! Bien pronto la muerte....
Amenophis. Qué os detiene, pues?

Herodes. Dónde está?

Amenophis. En Jerusalen.

Herodes. En Jerusalen! Le has descubierto?

Amenophis. Veo que no me entendeis....

Herodes. Cómo?

Amenophis. No es hoy el dia en que las madres de Israel vienen á inscribir á sus hijos á este palacio? No tienen que venir á Jerusalen de todas las comarcas de vuestro imperio? No está entre esos niños el que vos buscais?

Herodes. Ah! ahora empiezo á comprenderte.... acaba, acaba....

Amenophis. Mandad cerrar las puertas de la ciudad. Prevenid á vuestra guardia, y perezcan todos á una señal concertada.

Herodes. Sí, todos.... s preciso no dejar escapar uno solo.... porque si uno quedase ese seria tal vez el rey de Judea vaticinado por el profeta Juan! Ah! raza maldita que le diste el ser, vas á pagarme los tormentos y terrores que durante un año he padecido. Me quitaste el sueño de la noche y el sosiego del dia: cada minuto de mis horas de padecer ha de costarte una lágrima, un nuevo tormento. (*A él.*) Fija el premio que quieras por el servicio que acabas de hacerme! Qué recompensa ambicionas?

Amenophis. Ninguna.

Herodes. Ninguna?

Amenophis. Abandoné el lugar de mi destierro porque erais desgraciado, señor; he venido á salvar á vuestro hijo, pero no á mendigar vuestra privanza: vuestro hijo va á salvarse por mí; esa es mi mas grata recompensa.... Permitid que ahora me vuelva á mi destierro.

Herodes. Ve, pues, pero no olvides que en todo tiempo puedes contar conmigo. (*Llama con una campana de martillo.*) Acompañad á ese hombre.

Amenophis. Antes que acabe el dia habré salido ya de Jerusalen, señor.

Herodes. (No hay tiempo que perder.) (*Dirígese hácia el foro. Entretanto Amenophis se encamina hácia un lado con Aurelio.*)

Amenophis. (*Bajo á Aurelio.*) Esta noche volverás á in-

troducirme en este palacio.

Herodes. (*Llama.*) Phazael!... Hola! Phazael! (*Se dirige al cuarto de la reina.*) La reina! Llamad á la reina.

ESCENA V.

HERODES. MARIANA. PHAZAEL.

Herodes. Venid, señora, y tú, Phazael, no temais verme ya triste y sombrio. Mirad mi rostro sereno y tranquilo, mis ojos alegres y radiantes. Oh! Sabed que mi hijo se ha salvado ya.

Mariana. Qué oigo!

Phazael. Qué decís!

Herodes. Digo que es preciso poner mi guardia sobre las armas inmediatamente: tú quedas encargado de distribuir mi implacable milicia etiope en los puntos que voy á señalarte, y vas á mandar cerrar las puertas de Jerusalen con la orden de no dejar salir á ningun judio.... sobre todo á los niños.

Phazael. Y para qué todas esas precauciones, señor?

Mariana. (Tiemblo á pesar mio!)

Herodes. Para qué? Para que dentro de una hora no quede ninguno vivo dentro de Jerusalen.

Mariana. (*Dando un grito.*) Ah! qué horror! Lejos de vos, señor, tan infernal pensamiento... es imposible que mandeis degollar sin piedad á unas inocentes criaturas que no os han hecho ningun daño.... Yo soy madre tambien, y os suplico en nombre de las demas madres. Phazael, unid vuestras súplicas á las mias.... estorbad conmigo tan horrible mortandad.

Herodes. Phazael obedecerá, señora, y vos escusad esas súplicas, que llegarian á cansarme. (*A Phazael.*) Ven, quiero darte algunas órdenes; quiero tomar por mí mismo todas las medidas, y hacer que mi voluntad sea fielmente obedecida.

Mariana. Escuchadme por piedad!

Herodes. Basta ya, señora. Id á llorar al lado de vuestro hijo: yo voy á asegurarle la corona. (*Vase con Phazael.*)

ESCENA VI.

MARIANA, *sola.*

Sentenciados á muerte todos los niños de Judea!... Y han sido desatendidas mis súplicas!.. Hasta el mismo Phazael á quien creia humano y compasivo ha escuchado con la mayor frialdad la terrible orden! Oh! Yo no puedo consentir que lleven á cabo tan abominable proyecto. Pero cómo estorbarlo? Saldré furtivamente de palacio.... iré al templo.... á la plaza pública, á sus casas, y les diré.... Loca de mí! mi voz se perderia entre los gritos de la matanza.... otra voz fuerte y mas terrible, la voz del que daba la señal á sus satélites, sofocaria mis débiles acentos.... Ademas estoy sola!... Sola para hablar á un pueblo entero!... Qué haré? Oh! es preciso sin embargo que los salve.... sí.... es preciso.... Alguien viene.... (*Al volverse vé en el foro á Marta que está detenida en el vestibulo, y finge que anda en busca de alguno.*) Es una muger.... Qué veo!... La misma que me acogió en su cabaña cuando la debilidad y el cansancio me rindieron en el camino. Sí, sí, no hay duda. Eres tú?

ESCENA. VII.

MARTA. MARIANA.

Marta. Es cierto lo que veo? Vos, señora.... esa diadema....

Mariana. No me conoces?

Marta. (*Con respeto.*) La reina!

Mariana. No, para tí no soy la reina, soy tu hermana.... No apagaste mi sed? No reparaste mis perdidas fuerzas? No salvaste la vida á mi hijo? No te prometí yo por todos esos beneficios el cariño y el agradecimiento de una madre?...

Marta. Sois reina y no lo habeis olvidado!...

Mariana. Nunca! Pero cómo te encuentro aquí? Quién te ha traido á palacio?

Marta. Vengo á inscribir á mi hijo en el libro.

Mariana. A tu hijo.... tienes un hijo? dónde está?

Marta. A las puertas de palacio.... Le he dejado encargado á mi pobre madre, en tanto que yo buscaba á mi marido.

Mariana. A tu hijo es á quien debes buscar y salvar.

Marta. Qué peligro le amenaza?

Mariana. No puedo ni debo esplicártelo: harto he dicho ya para atraer sobre mí la cólera del rey si llegase á descubrir.... Pero tú eres incapaz de acusarme, no es verdad?

Marta. Acusaros? No os entiendo.

Mariana. Pero sí entenderás lo que una madre va á decirte, porque tambien eres madre.... es preciso que huyas al momento, y que salgas en el acto de Jerusalen con tu hijo, si no quieres verle degollar en tu presencia.

Marta. (*Da un grito.*) Ah! mi hijo! Una criatura que apenas sabe llamar á su madre....

Mariana. Basta, basta. Vuelvo á decirte que no me preguntes nada.... los instantes son preciosos... huye, aléjate pronto, y guarda el secreto sobre todo... tal vez no habrán cerrado las puertas de la ciudad; coge á tu hijo, llévatele.

Marta. Gracias, señora, gracias.... Os prometo callar.... y cumpliré esta promesa como vos habeis cumplido la vuestra.

Mariana. Corre, corre. (*La empuja y vase por el foro.*)

ESCENA VIII.

MARIANA. *Poco despues* PHAZAEL.

Mariana. Ah! que esta al menos no tenga que llorar á su hijo!

Phazael. Ya lo habeis oido? (*Sale del cuarto del rey con un oficial y guardias.*) Mandad (*Al oficial.*) reforzar la guardia de las puertas de palacio.... Encargo sobre todo la mayor vigilancia.

Mariana. Qué noticias me dais, Phazael?

Phazael. Las órdenes del rey son irrevocables, señora.

Mariana. Y es posible que vos hayais consentido en ejecutarlas?.... Oh! pero no me respondais nada;

prefiero ignorarlo todo, porque me acuerdo de que me habeis salvado la vida.... y no quiero tener que despreciaros. (*Vase á su estancia la reina. El oficial coloca un centinela por la parte de adentro de los tapices que adornan la entrada del cuarto donde está la cuna del hijo del rey, y se aleja seguido de su tropa por la puerta del foro, cerrando los cortinajes que están á la entrada. El teatro va oscureciéndose gradualmente, y se finje ser de noche.*)

ESCENA IX.

PHAZAEL, *solo.*

No, reina, no merezco que me desprecies.... y si me ha costado fingir á los ojos de Herodes, mas me ha costado aun mentir delante de tí; pero para hacer que el golpe fuera menos terrible era preciso quitarle al rey el hacha.... Hé ahí lo que yo he hecho.... Si yo no lo hubiera aceptado, otro tal vez.... Sí, si he de dar crédito á las noticias que he recibido, Amenophis ha abandonado su destierro y se ha introducido en Jerusalen. Aurelio es su cómplice! tiemblen los dos miserables!... No hay un instante que perder. (*Saca del pecho un pergamino.*) Orden á las guardias de las puertas para abrir las de la ciudad al que les presente este pergamino. Herodes, tú has convertido á Jerusalen en sepulcro de la raza judaica; pero yo abriré ese sepulcro. No es venderte el querer separar de tu memoria el odio y las maldiciones de la posteridad. (*Va hácia la derecha.*) Hola! (*Aparece el centinela del cuarto de la reina.*) Vas á encaminarte al vestíbulo del templo. Allí encontrarás á todos los que han venido á Jerusalen con motivo de la fiesta; entre ellos estará el gran sacerdote; tráele aqui.... En su defecto traerás al que él te designare.... le introducirás por ese pasadizo secreto, y aguardarás afuera mientras que yo hablo con él.... Ve, pues.... date priesa.... Pero antes dame tu espada, y yo vigilaré por tí. (*Vase el soldado por una puerta oculta que abre Phazael y la cual vuelve á cerrar á su salida.*) Ya no se oye el ruido de sus

pisadas: está fuera de palacio.... Herodes, el que salva á los hijos de los judios, vela tambien por el tuyo, y á pesar de la prediccion, mientras viva Phazael tu hijo podrá dormir tranquilo en su cuna de marfil y oro. *(Entrase detras de los tapices, que cubren la puerta donde estaba el centinela. Noche. Una sola luz que corresponde á la parte de la habitacion de la reina, despide débiles rayos hácia la escena.)*

ESCENA X.

AURELIO. AMENOPHIS. *Ábrese con cautela la puerta secreta. Aurelio aparece de puntillas y agachado guiando á Amenophis.*

Aurelio. No hay nadie. Podeis entrar.

Amenophis. Qué luz es esa?

Aurelio. La lámpara colocada en el cuarto de la reina.... al lado de la cuna real.

Amenophis. *(Con júbilo.)* La cuna real! Bien está. Dí, Phazael tendrá tambien las llaves de ese pasadizo secreto, como encargado de la custodia de palacio?

Aurelio. Sí señor, pero Phazael está descansando á estas horas, no corremos riesgo de encontrar á nadie. Decidme, cuál es vuestro proyecto?

Amenophis. No he querido revelártele hasta hallarnos aqui para tener la seguridad de que no retrocederias por timidez.

Aurelio. Si tiemblo es solo por vos, señor; los peligros á que os esponeis....

Amenophis. Ningun peligro me arredra cuando pienso satisfacer mi ambicion ó mi venganza.

Aurelio. Luego habeis venido aqui para vengaros?

Amenophis. No me has dicho que el hijo del rey duerme ahí?

Aurelio. Qué quereis decir?

Amenophis. *(Saca un puñal.)* Que al lado de él vela la venganza.

Aurelio. Sagrados cielos!

Amenophis. Silencio. Intentar descubrirme seria perderte tú mismo.

Aurelio. Pero advertid que si llegan....

Amenophis. No tenemos medios de huir? La confusion que ha de ocasionar la degollacion de los hijos de los judios, facilitará mi evasion y dará márgen á creer que esta muerte es una venganza de sus padres. Phazael es responsable de la vida del heredero real, pues ha tenido la imprudencia de responder de ella con la suya. Con un solo golpe voy á vengarme de Phazael y de Mariana, de ese esclavo que me ha arrebatado mis títulos y honores; de esa reina que arrebató la corona á mi hija, y á la cual se la arrancaré yo á mi vez, porque este puñal va á romper el único lazo con que Mariana sujeta al rey de Judea, el de su hijo.... Me entiendes ahora?
Aurelio. Me estremezco!
Amenophis. Déjame solo y avísame si alguien se dirige hácia aqui. (*Vase Aurelio.*)

ESCENA XI.

AMENOPHIS, *solo.*

Aurelio y el rey son los únicos que saben que he entrado en Jerusalen. Aurelio es mi hechura, y Herodes me cree ya lejos de la ciudad; nadie puede sospechar de mí.... vamos.... (*Acércase hacia la habitacion con el puñal en la mano: al levantar el tapiz sale Phazael y se presenta ante Amenophis.*)

ESCENA XII.

AMENOPHIS. PHAZAEL.

Phazael. Quién va?
Amenophis. Phazael!... (*Le reconoce por la voz: esconde el puñal bajo la túnica, y procura escaparse con la oscuridad.*)
Phazael. (*Le coge.*) Seas quien fueres, no te escaparás. (*Le conduce hasta la luz, y le arranca el manto con que se tapaba la cara.*) Amenophis!...
Amenophis. (O él ó yo hemos de morir aqui.)
Phazael. Qué buscas en estos sitios?
Amenophis. Qué te importa?

Phazael. Quiero saberlo.
Amenophis. Y si yo me niego á decírtelo?
Phazael. Se lo dirás al rey.
Amenophis. Al rey.... tal vez....
Phazael. Pues sígueme.
Amenophis. Seguirte?
Phazael. Vacilas?.... Es decir que abrigabas alguna intencion siniestra?
Amenophis. Mal pudiera intentar nada sin armas....
Phazael. Sin armas?....
Amenophis. Mira.... (*Phazael se acerca con desconfianza y lleva la mano al pecho de Amenophis, el cual aprovecha la accion, y sacando el puñal que tenia escondido le hiere de muerte.*)
Phazael. (*Cae.*) Asesino!
Amenophis. (*Viendo que no da señales de vida.*) Ahora....

ESCENA XIII.

Dicho. AURELIO, *que sale agitado.*

Aurelio. Acaban de entrar en el pasadizo secreto.
Amenophis. Quién?
Aurelio. Lo ignoro.... pero he oido hablar.... ya se acercan.... Oh! Huyamos, señor, buscaremos otra salida.
Amenophis. (*Con ira.*) Tener tan cerca la venganza y dejarla escapar de las manos!
Aurelio. Si os deteneis un instante mas somos perdidos. Venid. (*Se le lleva á la fuerza por el foro.*)

ESCENA XIV.

PHAZAEL. JACOB.

Phazael. (*Volviendo en sí.*) Oh! Infame! (*Hace esfuerzos para levantarse y cae. Abrese la puerta del pasadizo y sale Jacob.*)
Jacob. Al fin de esta galería oscura me ha dicho el soldado.... entremos.... Aqui es!.... (*Tropieza con Phazael.*) Un hombre herido!....
Phazael. Sí, asesinado... Judio, si aun es tiempo

salva á tus hermanos, cuyos hijos van á ser degollados por orden de Herodes.

Jacob. Cielos! Degollados nuestros hijos!

Phazael. Toma! (*Intenta incorporarse para darle el pergamino: le faltan las fuerzas y cae moribundo esclamando:*) Yo muero!

Jacob. Degollados ha dicho! Asesinados nuestros hijos! Ah! Corramos. (*Ruido de trompetas que suenan en diferentes puntos, y correspondiéndose unas á otras.*) Qué toque repentino y desusado es este? Ah! será sin duda la señal.... Oh! tal vez es ya tarde para el remedio!.... Cómo avisar á mis compañeros!.... Ya es imposible la huida.... Inspiradme, Dios mio! Inspiradme lo que debo hacer. (*Dice estas palabras recorriendo la escena con pasos desordenados y como fuera de sí. Al llegar frente del cuarto de la reina se detiene herido con el reflejo de la luz.*) Qué veo! El hijo del rey dormido en su cuna.... Señor! Señor! (*Entra en la estancia donde está el niño.*) Vos me habeis presentado este niño. Rehenes! rehenes!

ESCENA XV.

AURELIO. AMENOPHIS: *salen desordenadamente.*

Aurelio. Es imposible hallar otra salida.

Amenophis. La guardia está sobre las armas.

Aurelio. Y todas las puertas cerradas.

Amenophis. (*Con ira y mirando á Phazael.*) El árabe fue siempre previsor, y nunca olvidó nada; si tuviese sobre sí el sello real.... veamos; con él y dos palabras puestas por tí.... (*Halla el pergamino que tiene Phazael, y le recorre con la vista.*) qué es esto? Oh! Ya soy libre. Nada tengo que temer!

Aurelio. Silencio! Si viniese alguno....

Amenophis. (*Alza la voz.*) Que venga! Que venga el rey, que venga la corte entera; ya nada temo.... Al contrario, los llamo.... quiero decirles en alta voz: he sido yo, ha sido Amenophis el que ha muerto á Phazael.

ESCENA XVI.

Dichos. HERODES. *Acompañamiento.*

Herodes. Qué oigo! Esta voz? Amenophis en estos sitios?

Amenophis. Sí, gran señor, Amenophis el proscripto, cuya infatigable lealtad vigila por vos como cuando estaba á vuestro lado. Amenophis el desterrado, que ha despreciado todos los peligros para destruir los lazos que os tiende la perfidia.... Leed. (*Le entrega el pergamino.*)

Herodes. (*Despues de haber leido.*) Una orden para salvar á los hijos de los judios!.... Y es Phazael quien tan inicuamente me vendia?

Amenophis. Sí, y por eso le he muerto. (*Señala el cadáver.*)

Herodes. Ah!.... El traidor pensaba salvarles la vida; pero se engañaba.... He dado orden de adelantar la hora de la egecucion: las trompetas han prevenido ya á todas las guardias, y al segundo toque egecutarán mi sentencia.

ESCENA XVII.

Dichos. MARIANA.

(*Oyese al mismo tiempo un gran ruido en la habitacion de la reina, la que sale con el cabello suelto y medio desnuda gritando.*)

Mariana. Socorro! Socorro! Mi hijo! mi hijo!.... Volvedme mi hijo!....

Herodes. Vuestro hijo no corre ningun riesgo, señora.... En breve vais á oir la señal que debe acabar con la esperanza de su enemigo.

Mariana. (*Con desconsuelo.*) Sí, de vuestro hijo, que ha sido arrebatado esta misma noche del palacio de su padre!

Herodes. Arrebatado!

Mariana. Un hombre ha interrumpido mi sueño con sus voces.... y al lanzarse de la ventana en que se hallaba con mi hijo en los brazos, ha contestado

estas palabras á mis gritos de desesperacion: «reina, tu hijo me responde de la vida de los nuestros!» Oh! mandad cesar esa horrible señal. (*Se vuelve á oir el toque de trompetas mas precipitado.*)

Herodes. Corred, corred todos en busca de ese hombre; apoderaos de él... traédmele.

Mariana. (*Se precipita hácia el foro.*) Sí; pero mandad tambien que no egecuten esa orden funesta.... Detenedlos, señor. Mirad que matarán tambien á vuestro hijo! Deteneos! Ah! no me quieren creer. (*Se echa á los pies de Herodes.*) Decídselo vos, señor. (*En este momento aparece la guardia romana por ambos lados del teatro, y se dirige formada hácia el foro.*) Ah! Los veis?....

Herodes. (*Dando orden con la accion y con la voz.*) Deteneos! Deteneos! — (*Cuadro.*)

ACTO CUARTO.

El templo de los judios en Jerusalen. Un patio interior, al rededor del cual campean varias galerías coronadas de azoteas y balcones practicables. El foro del teatro está atravesado de un lado al otro por una de las galerías: encima de la galería habrá un terrado grande y practicable que corresponde á lo esterior, por la derecha del espectador. Para subir á este terrado hay que hacerlo por una escalera doble que está cara al público: debajo de esta escalera hay una puerta de bronce que va á las bóvedas del templo. Puerta á la derecha entre el primero y segundo bastidor, que abre paso á lo interior del templo: mas allá del terrado y de la columnata se descubre el cielo en el foro. Es de noche. La puerta principal para entrar en el patio del templo figura estar á la derecha del espectador, y para penetrar en él hay que pasar por debajo de los arcos de la galería del foro.

ESCENA PRIMERA.

RAQUEL. *Mugeres judías.*

(*Al levantarse el telon aparecen varios grupos de mugeres en las puertas esteriores, escaleras y terrados. Su actitud manifiesta que estan escuchando con ansiedad lo que pasa por fuera.*)

Raquel. Nada.... ya no se oye nada.... no ha vuelto á sonar la trompeta.

Salomé. Quizá se haya engañado la hija de Eliazar.

Raquel. No, el aviso es cierto. En vez de aprovecharse de él, ha preferido venir á avisarnos y seguir nuestra suerte.

Salomé. El temor de Dios habrá detenido entonces á nuestro perseguidor al tiempo de cometer un crímen tan espantoso?

Ebba. No: Herodes no conoce la piedad.

Raquel. Roguemos al Dios de Israel que ablande el corazon del tirano.

ESCENA II.

Dichas. ZACARÍAS, *que viene del templo.*

Zacarías. Confiad y esperad, hijas de Jacob; el Dios de Israel nos ha dado una prueba de su omnipotente poder descubriendo la horrible trama que se preparaba contra nosotros: os ha abierto su santo templo, y guiadas por su divina gracia habeis venido á esconder vuestros hijos en este sitio que debe servirles de asilo. Confiad en su misericordia, y esperad.

Raquel. Y si el inhumano Herodes se atreviese á profanar el templo? Cuál seria nuestro amparo si intentase penetrar en esas santas bóvedas?

Zacarías. No temais. No se atreverá á cometer ese sacrilegio.... y ay de él si lo intentara!

ESCENA III.

Dichos. Un LEVITA.

Levita. Una muger se ha presentado á la puerta del templo pidiendo que la deje entrar.

Zacarías. Sabes quién es?

Levita. No. Sus ricas vestiduras demuestran que no es judia, pero ha insistido en que la deje entrar, y como venia sola la he permitido penetrar en este recinto: me ha suplicado con los ojos arrasados en lágrimas que la dejase hablar con las mugeres de Israel.... Aqui viene; miradla.

ESCENA IV.

Dichos. MARIANA.

Zacarías. La reina!

Mugeres. La reina!!

Zacarías. (*Aparte.*) Esperaba su venida..... es madre,

y no podia dejar de conmoverla nuestra suerte.

Raquel. (*Saliéndola al encuentro.*) Ah! Con que sois vos la reina, la esposa de Herodes, del mónstruo que ha dado la orden de asesinar á nuestros hijos. Pues sabed que antes de matar á sus hijos tendreis que matar á sus madres.

Todas. Sí, sí....

Mariana. Yo mataros! Matar á vuestros hijos!.... Ah! escuchadme por compasion!....

Raquel. Escucharos!.... para qué? para que los verdugos que aguardan quizás una señal vuestra, se aprovechen de nuestra imprudencia y egecuten entretanto la horrorosa sentencia de vuestro esposo. Escucharos!.... No, no; temblad por vos, señora. Habeis entrado aquí arrostrando la desesperacion y la saña de unas madres frenéticas por el cariño de sus hijos, de unas hermanas ciegas por el amor de sus hermanos; no se os ha ocurrido que á unas y otras podia hacerlas crueles é inhumanas el dolor; que aunque débiles para los atléticos sayones del rey, son fuertes en demasía para vos; que á falta de espadas y puñales con que resistir á los asesinos, estos mismos brazos que hasta ahora no tuvieron fuerza sino para sostener á sus hijos, la tendrán para ahogaros y despedazaros, señora. En fin, no habeis pensado que al entrar debia la venganza hacernos esclamar á una voz «muera.»

Mugeres. Sí, muera, muera!

ESCENA V.

Dichas. MARTA: *sale del templo.*

Marta. Deteneos, deteneos! y respetad á esa muger.

Raquel. No, no, quiere asesinar á nuestros hijos.

Mugeres. Muera!

Marta. Os engañais: quiere salvarlos; ella fue la que me advirtió el peligro que amenazaba al mio.

Mugeres. Es posible?

Marta. A ella debemos el aviso que os he dado.

Mugeres. Será cierto?

Mariana. Sí, sí; y ahora vengo á que hagais por mi

lo que yo he hecho por vosotras: á que me devolvais mi hijo.

Mugeres. Su hijo!

Mariana. Sí, mi hijo, arrebatado esta noche ante mis propios ojos por un hombre.... por uno de los vuestros....

Marta. Por uno de los nuestros? Estais cierta de lo que decís, señora? Ninguna de nosotras ha visto á vuestro hijo.

Mariana. Oh! no me digas eso, ó voy á creer que ya no volveré á ver á mi hijo. Confesad que está en este templo, que le habeis visto.... (*Silencio.*) Callais! No habrá una de vosotras que se apiade de mí y me diga qué han hecho de mi hijo?.... Repito que me le han robado.... esta noche. (*Nuevo silencio.*) Callais aun!.... Ah! No hay duda; ha muerto! Infeliz hijo mio! ha muerto!....

Zacarías. No, señora, existe, y está aquí.

Mariana. Aquí!

Marta. Por qué milagro?

Zacarías (*A las mugeres.*) Uno de nuestros hermanos ha entrado esta noche en palacio. Supo allí la orden cruel que habia dado Herodes para degollar á vuestros hijos, y habiendo pedido á Dios fervorosamente que no se consumase tan tremendo crímen, le inspiró el Señor el pensamiento de robar al hijo del rey, y guardarle en rehenes.... Ahora no tenemos ya que temer ningun peligro; el tirano tan solo es quien debe temblar, porque os juro que la espada que caiga sobre el inocente cuello de un hijo de Judea, herirá la garganta del hijo del rey.

Marta. Ah! Bendita mil veces sea la suprema sabiduría.... Pero quién ha sido ese hombre? Quién es el protector de las madres de Judea?

Zacarías. (*Señala á Jacob que aparece á la puerta de bronce.*) Miradle.

ESCENA VI.

Dichos. JACOB.

Marta. Mi marido!

Mariana. El es... Sí, él es.... le reconozco.... Y ese

hombre es tu esposo?..„ Y no le has dicho que yo he salvado á tu hijo?.... Ah! No se lo has dicho, porque si nó no me hubiera arrebatado el mio. Pregúntale dónde está: pregúntale si vive.

Jacob. Tranquilizaos, señora; necesitábamos rehenes, pero no una víctima: (*Empuja las hojas de la puerta de bronce y se deja ver una cuna, en la que duerme un niño ricamente vestido.*) mirad.

Mariana. Ah! Mi hijo! Hijo mio querido, será cierto que vuelvo á verte? (*A Jacob.*) Ah! No sé cómo darte las gracias por haberme permitido que le vuelva á ver.... por haberle perdonado cuando podias matarle.... Oh! El cielo te premiará por tan digna accion. Señala tú mismo tu recompensa.... dí lo que quieres.

Jacob. Nada, señora, tengo vuestro hijo.

Mariana. Mi hijo! No piensas volvérmele por ventura? O quieres arrebatármele de nuevo.... Oh! eso no puede ser. Crees que es tan fácil arrancar un hijo de los brazos de su madre? No, tú no puedes creerlo. Voy á llevármele.

Jacob. No espereis conseguirlo hasta tanto que tenga por segura la salvacion de los nuestros.

Mariana. Qué oigo?

Jacob. Os he permitido que volvais á abrazar á vuestro hijo para que veais que no somos asesinos, señora; su suerte depende únicamente de vos, daos prisa pues á hablar al rey. Decidle que habeis visto á vuestro hijo, y que se le devolveremos bajo las condiciones que voy á dictaros.

Mariana. Oh! No dudeis que las acepte sean cuales fuesen.

Jacob. Al rayar el dia volverán á abrirse las puertas de la ciudad, y los que de nosotros no se creyeren ya seguros en este reino serán dueños de ir á buscar un asilo á Egipto, donde al menos no hay órdenes para degollar las criaturas; ya veis cuan triste y miserable es la gracia que os pedimos... la del destierro...! Pero eso nos basta. Id con Dios, señora. Si Herodes desea volver á ver á su hijo que acceda á nuestra súplica. Hasta entonces no se apartará de nosotros; y confundido con los nuestros tendrá que

sufrir la misma suerte. Marchad y Dios permita que vuestro esposo no sea inexorable.

Mariana. Sí, corro á echarme á sus pies: conseguiré lo que deseais y volveré. A Dios, hijo mio...! Guarda tu sueño pacífico y tranquilo mientras tu madre vuela ansiosa á obtener tu perdon del mismo que te dió el ser. Velad por él... Le confio á todas las madres que esperan obtener por mí la salvacion de sus hijos. (*Vase despues de haberse acercado á su hijo, y encomendándole á Marta con la accion. Las mugeres la acompañan y Jacob queda en el proscenio.*)

ESCENA VII.

Dichos, menos MARIANA.

Jacob. (*Aparte.*) Sí, Herodes consentirá, pero debemos recelarlo todo de su perfidia y precavernos de antemano por si intentase tendernos algun lazo... El hijo de Mariana no debe ser confundido con los otros; es preciso esconderle en algun sitio recóndito é ignorado de todos. No hay que perder tiempo. (*A las mugeres que vuelven.*) Matronas de Israel, este niño es una joya preciosa que nos responde de la vida de los nuestros, es un depósito sagrado de cuya custodia solo yo quiero encargarme: confiadle á mi cuidado y nada temais porque sabré conservarle bien. (*Coje el niño, se entra con él por las bóvedas y cierra la puerta.*)

Zacarias. Entre tanto entremos á rogar al señor. Venid á contar á vuestros esposos y hermanos lo que se ha dignado hacer por ellos y por vosotras. (*Zacarias y las mugeres entran en el templo.*)

ESCENA VIII.

EL LEVITA. AMENOPHIS.

(*El levita sale por la derecha del foro guiando á Amenophis que viene bajo el traje y nombre de Samuel.*)

Levita. Nuestros hermanos están en el templo; y si traeis algun aviso importante, aguardad un momento: el hijo de Manasés no puede tardar.

Amenophis. A él es á quien quiero hablar. (Nada ten-

go que recelar por su parte. Logre yo descubrir en el templo, cuyos subterráneos frecuenté en otro tiempo, el lugar donde está escondido el hijo del rey, y prometo que esta vez no se escapará de mi venganza.)

ESCENA IX.

Dichos. JACOB, *que vuelve por la puerta del subterráneo.*

Jacob. Ya estoy tranquilo. Ahora... nadie puede descubrirle.... (*Al levita.*) Quién es ese hombre?

Levita. Uno de nuestros hermanos.

Amenophis. No me conoces Jacob?

Jacob. (*Con alegria.*) Samuel!...

Amenophis. El cielo te premie por no haberme olvidado. (*Hace seña al levita de que se retire y este obedece.*)

Jacob. Olvidarte cuando te has hospedado en mi casa? Pero qué te trae á estos sitios?

Amenophis. Lo que voy á decirte. Lo que tal vez interesa á toda nuestra desventurada nacion.

Jacob. Esplícate.

Amenophis. Escucha. He llegado á Jerusalen esta noche misma: al entrar oí un confuso rumor y ruido de trompetas. Pregunté qué significaba aquella señal, mas nadie supo esplicármelo... Entré por las puertas de la ciudad que debian cerrarse en aquel momento; pero llegó corriendo un oficial de la guardia del rey y dió orden de que continuasen abiertas: en seguida añadió en voz baja que no se habia variado en nada el proyecto de Herodes contra los judios: y que si alguno de ellos, sobre todo los niños, salian por las puertas, los siguiesen á lo lejos, para lo cual debian estar dispuestos algunos ginetes.

Jacob. Y has oido tú mismo dar esa orden?

Amenophis. No hace un instante.

Jacobo. Ah! La reina no conseguirá nada; el tigre medita alguna horrible trama: está haciendo los preparativos para esterminarlos.

Amenophis. Para esterminarlos! Qué horror!

Jacob. Pero aun nos queda un medio de impedir esta inaudita barbarie. El hijo de Herodes está en nues-

tro poder.

Amenophis. Ah! Loado sea Dios! Y vuestros hijos?

Jacob. Los hemos escondido aquí... A la entrada de estos subterráneos.

Amenophis. Con el hijo del rey?

Jacob. No, no está entre ellos.... Le he ocultado en un paraje seguro que yo solo conozco.

Amenophis. (*Aparte.*) Cómo le descubriria? Perfectamente Jacob.... procedamos con desconfianza, porque cuando entré aqui hace poco ví rodeada de soldados la puerta de Oriente: todo este lado del templo está en su poder.

Jacob. Que guarden enhorabuena la puerta de Oriente.

Amenophis. (*Aparte.* No es ahí.) Las mismas precauciones se conoce que han tomado con la puerta de Occidente. (*Escuchando.*) Escucha. Oyes el ruido de las lanzas?

Jacob. No temas: no le encontrarán... El asilo donde está es impenetrable.

Amenophis. Impenetrable! Haga Dios que sea cierto lo que dices, hermano! No quiero entonces cansarte recordándote un asilo secreto de que oí bablar cuando era niño..... era un lugar ignorado de todos escepto del gran sacrificador.... en la bóveda de David.

Jacob. En la bóveda de David!

Amenophis. (Allí está.)

Jacob. Y dí, Samuel, conoces tú ese....?

Amenophis. No. El supremo pontífice era el único que sabia el secreto. He oido hablar varias veces de él, como huérfano criado en este templo por la caridad de uno de nuestros sacerdotes; pero ignoro como los demas hermanos en qué parte del edificio se halla ese recóndito asilo.

Jacob. (*Aparte.*) Ya respiro... No quiero confiárselo ni aun á este judio.

Amenophis. Si no me engaño, no se dice que el tal asilo tenga ninguna correspondencia con lo esterior del edificio?

Jacob. Ninguna.

Amenophis. (*Aparte.*) Te engañas... Yo sé una que está bajo las gradas de esa escalera.

Zacarias. Oigo ruido! Nos habrán vendido?

Amenophis. Voy á saber lo que es. (*Aparte.*) Corramos á la bóveda. (*Vase por el foro.*)

Jacob. Yo voy á velar por mi tesoro! (*Entrase en los subterráneos. Al mismo tiempo llaman á la puerta del templo en nombre del rey. Zacarias sale del templo por la derecha seguido de Israelitas de ambos sexos. El Levita viene por el foro.*)

ESCENA X.

ZACARIAS. ISRAELITAS. EL LEVITA.

Zacarias. Qué ruido es ese?
Levita. El rey, señor.
Zacarias. Abrid.

ESCENA XI.

Dichos. HERODES. MARIANA.

Mariana. Aqui le teneis.... Ha querido venir él mismo.... Viene sin armas, sin escolta, mirad....

Herodes. Sí, pueblo; sin armas y sin escolta! Despojado de todas las insignias de la grandeza humana: porque Herodes no viene aqui como poderoso monarca de la Judea, sino como padre aflijido que os pide con humilde voz que le devolvais su hijo.

Zacarias. Los judios no son crueles, señor: son obedientes y fieles á los grandes de la tierra, y la única gracia que imploran es vivir quietos y pacíficos bajo la salvaguardia de sus leyes. Tu viniste á turbar su quietud y á contristar sus corazones. En qué merecieron tu enojo?

Mariana. Pontifice, olvida lo pasado; mi esposo se ha arrepentido.

Herodes. Sí, la reina me ha dicho las condiciones que me proponeis. Exigiais que las puertas de Jerusalen no continuasen cerradas por mas tiempo? Enviad á cualquiera de entre vosotros para que averigue si es cierto que teneis francos todos los caminos. He mandado retirar las guardias que recorrian las calles y obstruian la entrada de este templo. Ni el mas leve rumor de guerra se siente en la ciudad, ni un solo acero brilla en la oscuridad de la noche. Si esto no es bastante, hablad, supremo pontifice, pedid; pron-

to estoy á dar mayores pruebas de mi benignidad, si mis súbditos lo exigen.

Zacarias. Una sola te pedimos, rey de los judios. (*Señala al templo.*) Jura con la mano estendida hácia el santo tabernáculo que no revocarás nunca el pacto solemne que acabas de contraer con nosotros. Pon á Dios por testigo; á Dios que te escucha y te juzgará, de que bajo la paz que nos ofreces no se oculta ninguna perfidia, ninguna trama indigna de ti.

Herodes. (*Estendida la mano.*) Pongo á Dios por testigo delante de ese santo tabernáculo de que lo que digo es verdad, y de que mi perdon es sincero.

Zacarias. Levantaos, matronas de Judea, abrazad á vuestros hijos, (*Señalando á la bóveda donde están.*) y volved el suyo á Herodes y á Mariana.

Mariana. Ah! Por fin voy á verle.

ESCENA XII.

Dichos. JACOB.

Jacob. (*Sale de la boveda hácia la cual se dirigian las mugeres.*) Deteneos! deteneos! Ese monstruo os engaña. Osado jura ante el santo tabernáculo y á la faz de Dios...! blasfemo...! Inventad otro juramento mas inviolable, si es posible, y tambien jurará. Pedidle que permanezca entre nosotros hasta tanto que hubiéreis salvado á vuestros hijos y se quedará sin resistirse con tal que le devolvais el suyo! Pero sabeis lo que sucederá despues? Las puertas del templo caerán á pedazos y sus guardias se precipitarán en este sagrado recinto, y ese rey que ahora veis solo y desamparado se encontrará muy luego rodeado de un enjambre de verdugos!

Herodes. Miserable! Quién te ha dicho eso?

Jacob. Osa negarlo y tu descaro sabrá alucinar aun á este pueblo confiado y crédulo: pero juzgo que darán mas crédito al testimonio de sus propios ojos. (*Los lleva hácia la puerta de Oriente.*) Veis esos hombres tendidos y cobijados en las gradas del templo? pues aguardan la señal de vuestro esterminio... Oís el inquieto bullir de los caballos porque barruntan

el olor de la sangre? Por todos lados estamos rodeados de asesinos. Aguardad unos minutos mas, y oireis el lúgubre sonido de las trompetas; oireis mezclarse los gritos de los asesinos con los lamentos de las víctimas y mañana al despuntar el dia, Jerusalen se habrá convertido en un sepulcro inmenso.

Herodes. Pues bien, sí, todo lo que dices es cierto; ya me canso de fingir. Sí, yo soy el que os ha tendido ese lazo, y habeis caido en él, raza vil y aborrecida. Sé que habeis escondido aquí á vuestros hijos y al mio y traigo conmigo soldados.... acudid, guardias, acudid. (*Caen las puertas hechas pedazos. Llénase el templo de soldados: gritos de espanto de las mugeres: consternacion y angustia de los hombres. Todos ellos hacen un movimiento para defender la entrada de los subterráneos.*)

Jacob. Paso, paso, hermanos mios. (*Precipitase hácia la puerta de la bóveda cuyas dos hojas abre, y deja ver á todos los niños arrodillados con los brazos estendidos y las manos juntas en ademan de súplica. Los soldados con las espadas levantadas no aguardan mas que la señal del rey.*) Hiere, hiere, si te atreves. Ah! Creias, rey impostor, rey perjuro, que la traicion era la única que velaba y que la fidelidad dormia? Te engañaste.... Hé aquí nuestros hijos.... es en vano que busques al tuyo.... no está entre ellos....!

Herodes. Cielos!

Mariana. Dónde está? dónde está?

Jacob. En un asilo impenetrable en que yo le he escondido. Rey Herodes, manda si quieres que registren hasta los mas apartados lugares de este templo. Hazle demoler piedra por piedra, pero no encontrarás á tu hijo....! Y sin embargo está aqui porque su vida responde de la de nuestros hijos.

Mariana (*Da un grito.*) Ah, piedad! piedad! Es tambien mi hijo y yo no soy culpable y no debeis castigarme por el crimen de otro.

Herodes. Oh rabia!

Mariana. (*Al rey.*) Ah, señor, buscad por compasion un medio para convencerlos: pero qué digo.....? No pueden creeros porque los habeis engañado.

Herodes. Oh! Quién habrá sido el pérfido que me ha vendido? Quién habrá descubierto mi secreto? (*A este iempo aparece Amenophis en el terrado del fondo enseñando al rey un niño cubierto con ricas vestiduras.*)

Amenophis. Yo, por salvar á vuestro hijo.

Herodes. Amenophis....!

Israelitas. Amenophis....!

Jacob. Era él... Ah! somos perdidos.

Herodes. Venid, señora, á abrazar á vuestro hijo. Aurelio! (*Aurelio aparece en el terrado con varios soldados.*) Te confio ese niño. Vosotros todos me respondereis de él con vuestra cabeza. Tú noble y leal ministro, acaba la obra de esterminio y de muerte.

Mariana Piedad! piedad!

Herodes. No, no haya perdon ni piedad.

Mariana. (*Desfalleciendo.*) Ah!

Herodes. Esclavos, retirad á la reina. Y vosotros soldados acabad con ellos. Herid...! (*Vase por la galeria de la derecha; los soldados se precipitan á los subterráneos. Los niños se dispersan ó son cogidos por sus madres. Dos soldados se apoderan de una cuna. Es la del hijo de Jacob.*)

Amenophis. Necio! Tú mismo prestas la mano á mi venganza. Cuan engañado vas! El niño que te llevas es de otro, y tu hijo va á morir por orden tuya.

Marta. Ah! Es la cuna de mi hijo. (*Se arroja á los soldados.*) Perdon, perdon! Pero qué veo, no es él! no es mi hijo! Yo no conozco á ese niño.

Jacob. (*Se acerca.*) Oh! Yo si le conozco. Es el hijo del rey!

Amenophis. (*Con un puñal en la mano.*) Mueran, mueran. No haya piedad! (Sobre todo con el hijo de Mariana.) (*Descarga el golpe en la cuna; la degollacion continua. Marta, se precipita en los subterráneos para buscar á su hijo. Por las escaleras y terrados asi como por las galerias del foro y por lo restante del templo se ven madres huyendo con sus hijos agarrados de diversos modos: algunas llevan cunas. Los niños bastante crecidos para andar solos corren despavoridos delante de los soldados romanos y de la guardia de etiopes que los persigue y mata*

á lanzadas y estocadas; otros son arrojados contra el pavimento desde lo alto de los balcones y azoteas.

Sale un niño corriendo y atraviesa el teatro para refugiarse en el templo; halla cerradas las puertas, y llama lleno de susto; mientras llama acude su madre seguida de un soldado que quiere matar al niño. La madre se arroja al soldado para detenerle: éste lucha con ella, logra desasirse, se dirige á degollar á la criatura, pero vuelve á cogerle la madre por la izquierda, y no pudiendo detenerle, se agarra á su brazo con los dientes. El soldado furioso esconde la espada en el pecho de la muger; ésta da un grito y cae. Acude el niño al grito y vé espirar á su madre, coge del suelo una espada, y alzándola con las dos manos la descarga sobre el soldado y huye: el soldado al verse herido le persigue.

Llega una muger con su hijo en brazos, mira en torno suyo, va á esconder el niño detras de una columna, le tapa con su manto, y en seguida se encamina hácia la derecha á ver si viene alguno. A este tiempo sale una patrulla por la izquierda: la madre se esconde: el que manda los soldados les hace señas con la mano, indicándoles el lado por donde deben dirigirse: vanse los soldados: el gefe va á marcharse tambien é involuntariamente dirige los ojos hácia el templo. El niño levanta el paño que le cubre por ver si vé á la madre: el soldado repara en él y va á herirle; la madre, que no apartaba la vista de él, corre y se arroja á sus pies gritando: «perdon.» *El soldado se sorprende, mira á la madre, advierte sus lágrimas, y baja la punta de la espada; arroja el niño en los brazos de su madre y desaparece.*

Otra muger que lleva un niño debajo de cada brazo aparece entre tanto en el terrado del foro. Al llegar al pie de la escalera se la presentan tres soldados romanos: el miedo la hace dejar caer el niño que llevaba debajo del brazo derecho: el muchacho se escapa por las escaleras; persíguenle dos de los soldados; el otro va á atravesar con la lanza á la

madre y al niño, cuando se presenta un judio que cogiendo al soldado por la espalda le impide descargar el golpe. Acude Amenophis en este momento, y va á matar el niño que está en la escena, pero su madre, desnudando la espada del soldado vencido, la coge á dos manos, y se la clava en el pecho á Amenophis que cae muerto. A este tiempo Marta, que no ha encontrado á su hijo, vuelve á salir del subterráneo y dice.)

Marta. Mi hijo!... Dónde estará mi hijo!... (*Sale Jacob por el otro lado.*)

Jacob. En el palacio del rey! Pronto al palacio del rey! (*Salida general de niños y mugeres, cercados por soldados y hombres que hacen esfuerzos inútiles para defender á aquellos: gritos pidiendo perdon, á los cuales contestan los soldados con un grito de esterminio. La llama ilumina el interior del templo.— Cuadro final del acto cuarto.*)

ACTO QUINTO.

Salon cerrado en el palacio de Herodes; puertas laterales; una conduce á la habitacion donde han depositado al niño está cerrada: la otra comunica á lo esterior.

ESCENA PRIMERA.

MARIANA. *Doncelllas de la reina*; *á poco* AURELIO.

(*Al levantarse el telon la reina está recostada en un lecho de descanso, y privada de sentido. Las doncellas agrupadas en su alrededor, la prodigan mil cuidados. Aurelio entra por el lado opuesto.*)

Aurelio. Ha vuelto en sí la reina?

Doncella. Todavia no.

Aurelio. No fue en el templo donde perdió el eonocimiento?

Doncella. No señor! Sostenida por los esclavos de palaeio, habia creido tener bastante fuerza para seguiros, por la circunstaneia de que llevábais á su hijo querido. Pero las eseenas sangrientas que se renovaban en las ealles, de que fue testigo, los gritos y sollozos de las desgraciadas madres, la alegria de los verdugos, la han aterrado tanto, que ha eaido entre nuestros brazos inanimada, medio muerta, antes de haber podido abrazar á su hijo.

Aurelio. Por orden del rey he eoloeado en esa habitaeion veeina al real heredero: me le ha confiado hasta que su madre vuelva en sí.

Doncella. Sileneio, la reina abre los ojos.

Mariana. Adónde estoy?

Doncella. En vuestro palaeio, señora.

Mariana. Ah! Sí, en palaeio.... no estoy ya en el templo!... Hemos ido al templo; los judios estaban reunidos.... tambien se hallaban en él sus mugeres,

sus mugeres que lloraban y pedian perdon... Por qué? Oh! ya recuerdo.... (*Con dolor.*) Querian inmolar á sus inocentes é indefensos hijos.... Ah! (*Da un grito terrible.*) y mi hijo!... mi hijo!... Dónde está! devolvédmele, devolvédmele!

Aurelio. Reina, le hemos salvado!

Mariana. Salvado! Pero dónde está? quiero estrecharle contra mi corazon, quiero bañarle con mis lágrimas.

Aurelio. Allí señora.

Mariana. Venid, venid! (*Se oye el clarin y gritos de consternacion general.*) Ah! Hasta en estos sitios me persigue la horrible degollacion! Los dolorosos gritos de las madres alteran mi alegria, y me parece que dicen: «Han salvado á tu hijo y degüellan los nuestros.» (*Baja al proscenio.*) Oh! no me atrevo á abrazarle en este momento. (*Nuevos gritos, y se oye el clarin.*)

Una voz. Dejadme! dejadme! quiero hablarle! (*Marta aparece en la puerta apartando las lanzas de la guardia, que le impide el paso.*)

Mariana. (*Escucha.*) Esa voz! yo conozco esa voz!

Marta. Os digo que quiero hablarle.

Mariana. Sí, sí! es ella. Guardias, dejad pasar á esa muger. Y vosotros retiraos. (*Vanse todos.*)

ESCENA II.

MARIANA. MARTA.

Mariana. Eres tú?

Marta. Yo, señora, que vengo á pediros mi hijo!

Mariana. Tu hijo! Acaso está en mi mano resucitar á los muertos?

Marta. Le habeis muerto?

Mariana. Yo!

Marta. Ella, Dios mio! Ella á quien yo dí agua para apagar la sed de su hijo.... para volverle á la vida, es la que mata al mio! y me lo dice! y está tranquila, y no se desprende de sus ojos una lágrima! Oh! no sois digna de ser madre!

Mariana. No he sido yo, no! Decís que estoy tranqui-

la, que no se desprende de mis ojos una lágrima.... Y he sucumbido de dolor al presenciar el espectáculo de vuestras desgracias.... y cuando nada tenia que temer.... porque el cielo me ha protegido!... Y crees que soy insensible á las desgracias de las demas madres.... Creeis que no siento sus penas porque mas feliz que ellas he podido conservar mi hijo.

Marta. Conservar su hijo! Qué decís?

Mariana. (*Señala la puerta de la derecha.*) Está allí.

Marta. Allí?

Mariana. Sí.

Marta. (Ah! vive.)

Mariana. Yo no le he visto.... no le he abrazado todavia.... pero allí está.

Marta. (Oh! no me habian engañado, nada sabe aun... Pero qué haré? no puedo ocultarle por mas tiempo.)

Mariana. Qué dices?

Marta. Digo que no me habeis comprendido; mi hijo no ha perecido en el templo, y venia á pedíroslé, porque existe!

Mariana. Existe! Oh! mas bajo! mas bajo! Si el rey lo supiera.... pero quién le ha salvado?

Marta. Una madre!

Mariana. Una madre!

Marta. Creia salvar á su hijo!

Mariana. Oh! pobre muger!

Marta. Es muy desgraciada, y la compadezco y temo sacarla de su error; porque no sabe que es mi hijo el que ella ha salvado; y cuando lo sepa.... Oh! Señora, comprendeis cuánto debo temer de su desesperacion?

Mariana. Ah! La ultrajais! puede acaso rescatar la sangre de su hijo, haciendo correr la del vuestro? No, no, no, tranquilizaos. Su alma sufrirá un tormento horrible, le será arrebatada su última esperanza; pero no permanecerá sorda á vuestras súplicas, y os devolverá vuestro hijo.

Marta. (*Cae á sus pies.*) Devolvédmele, pues, señora, porque esa madre sois vos, y ese niño que habeis salvado y que está aqui es mi hijo.

Mariana. Vuestro hijo aqui! Y el mio?... el mio dónde está?

Marta. Ah! Sus asesinos....

Mariana. Mi hijo asesinado.... no, no, es imposible!... está allí.... allí... quiero verle.... (*Se precipita en la habitacion, y sale al instante dando un grito doloroso, y sosteniéndose con trabajo. Aurelio la sigue.*)

Aurelio. Qué teneis, señora?

Mariana. Mi hijo.... Corred.... no es el que está en este palacio.... es el de esa muger.... ah!... no ha muerto, es verdad? Vos no le habeis visto? no lo sabeis de cierto?

Marta. Yo misma le he defendido contra los asesinos...

Mariana. Y le han herido?... Pero quién ha sido? quién?...

Marta. Los que obedecian las órdenes de su padre.

Aurelio. Reina, esta muger os engaña. Su esposo es el que ha venido de noche á arrebataros vuestro hijo.... y ella sin duda, para salvar el suyo, le habia sustituido al heredero de la corona. Corro al templo á avisar al rey y salvar á vuestro hijo. *Vase.*)

ESCENA III.

MARIANA. MARTA.

Mariana. Ah! Desventurada! Dice bien... tú has causado la muerte de mi hijo!... Oh! tiembla, tiembla.... me vengaré!...

Marta. En mi hijo?

Mariana. Sí, sí, en tu hijo.

Marta. Oh! No lo hareis, señora, seria una infamia.

Mariana. Será justicia. (*Llama.*) Guardias.

Marta. Señora, en nombre del cielo....

Mariana. La sangre de tu hijo en cambio de la del mio. (*Vuelve á llamar.*) Guardias! Guardias!

Marta. Pero oidme, señora! Compadeceos de mí! Qué quereis que haga para calmaros? Dios mio! Mirad, beso vuestras plantas, estoy prosternada delante de vos como una desgraciada que aguarda su sentencia.... Quereis mi vida por la suya? Decid.... la quereis? Herid, herid, pero perdonad á mi hijo.

Mariana. Déjame!

Marta. Sois madre y no podeis ser cruel.... Vos misma lo habeis dicho hace un momento.... porque hace un momento que yo temia vuestra desesperacion, vuestra cólera.... os recordaré vuestras mismas palabras: »Su alma sufrirá un tormento horroroso, decíais, le será arrebatada su última esperanza, pero no permanecerá sorda á vuestras súplicas, y os devolverá vuestro hijo.»

Mariana. Basta, basta! No me dejará llorar por mi hijo!

Marta. Sí, y lloro con vos por ese inocente que he defendido y que he cubierto con mi cuerpo.... Matar á mi hijo! No podriais hacerlo.... oiriais sus gritos que os pedirian perdon, veriais correr su sangre.... Oh! No lo hareis, señora.... Veo vuestros ojos bañados en lágrimas... Estais conmovida, en vano intentais ocultármelo; lo conozco, sí, estais conmovida. (*Se oyen gritos con furor, y va á una ventana.*) Ah! Qué gritos son esos! Allí bajo.... soldados, cielos, Herodes! (*Se arroja á sus pies.*) Ah! Perdon señora, perdon.... el verdugo viene....

Mariana. El verdugo! Y bien! No, no; llévatele: bien decias que no podria matar á tu hijo.

Marta. Ah! el cielo os bendiga!

Mariana. Ven á mis brazos.... consuélame.... pobre madre.... (*La levanta.*)

Herodes dentro. La reina, la reina! (*Gritos.*)

Marta. Ya sube.

Mariana. Llegará tarde! Escucha.... recobra á tu hijo. En esa cámara hay una puerta; esta puerta comunica á un subterráneo que se prolonga hasta fuera de la ciudad.... Huye, huye!.... y dí á tu hijo cuando sea grande, que despues de Dios me debe á mí la vida; ve, ve.... Dame el último abrazo.

Marta. Siempre vivireis en mi corazon!.... (*Vase.*)

Mariana. Venga ahora el verdugo! Mariana está aqui.

ESCENA IV.

MARIANA. HERODES.

(*Herodes sale con la espada en la mano: oficiales: soldados tambien con espada en mano; los soldados y oficiales entran delante en tumulto.*)

Herodes. Ah! Una palabra, Mariana, una sola palabra! El niño que está en esa estancia....

Mariana. No es el tuyo.

Herodes. Pues dónde está mi hijo? Qué ha sido de él?

Mariana. Tú le has degollado.

Herodes. Degollado! Con que es cierto lo que Aurelio me ha dicho?

Mariana. Demasiado cierto, asesino!

Herodes. Oh! El que yo he arrancado á la muerte va á satisfacer la sangre de mi hijo!

Mariana. No, porque se ha salvado.

Herodes. Se ha salvado! Y quién ha osado libertarle?

Mariana. Yo!

Herodes. Tú!.... tú, la madre del que ha muerto en su lugar!

Mariana. Sí, yo.... la madre de tu hijo.

Herodes. Es imposible.... mientes.... no puede haber salido de palacio sin que los guardias le hayan visto salir: te repito que mientes.... está aquí, déjame pasar.

Mariana. No.

Herodes. Déjame pasar, ó no respondo de mi furor.

Mariana. Oh! Ya sé que para tí no hay nada sagrado, asesino de inocentes! Mátame á mí tambien como has muerto á tu hijo!

Herodes. Aparta, miserable!

Mariana. No entrarás.

Herodes. Entraré; aunque tenga que pasar por encima de tu cadáver. (*Se precipita sobre Mariana; esta quiere resistirse: fuera de sí la hiere, cae y Herodes entra.*)

Mariana. Asesino.... Pero ah!... Muero contenta; la pobre criatura se ha salvado!....

Herodes. (*Sale con precipitacion.*) Traicion! he sido

vendido. Se me ha escapado. (*A los oficiales.*) Que se le persiga! Mis riquezas todas, mi reino entero al que me le traiga. (*Vanse algunos oficiales.*)

Mariana. No le encontrarán!

Herodes. Quién habla aquí?

Mariana. Yo! Mariana, á quien has herido.... y que espira. (*Muere.*)

Herodes. (*Va y la reconoce con asombro, y da un grito.*) Mariana! Ah! Es un sueño!.... No, es ella! ella!.... Su sangre corre.... mis manos estan teñidas.... ah! me ha salpicado. Oh! qué cabeza es esa que lívida y amenazadura se dirige contra mí? La reconozco, sí, la reconozco. Yo la hice rodar bajo del hacha del verdugo! Eres tú, Juan el precursor! Juan el profeta.... abre sus ojos centelleantes.... mueve los cárdenos labios.... Va á hablar.... Ah! ya te escucho... sí, te escucho.... (*Escucha como si una voz le hablase.*) «Nacerá un niño, dices, que reinará en todo el mundo.» (*Riyéndose.*) Mentira! Yo le he degollado! (*Escucha otra vez.*) Respondes: «mentira, vive!» Vive! Oh! Sí, sí, es el niño que se ha salvado, el que va huyendo. Detenedle, detenedle!.... Pero no, mirad!.... Todos los pueblos de la tierra se inclinan ante él, y dicen: «gloria al Señor del mundo! que va á redimir al hombre del pecado! Gloria al Señor del mundo. Ah! ah! (*Cuando Herodes dice:* Pero no, mirad!.... *se oye á lo lejos un coro celestial: el fondo del teatro se abre, y aparece un cuadro de apoteosis representando el cielo brillante de luz: en medio está una cruz diáfana rodeada de querubines arrodillados encima de nubes de oro y azul; al pie estan prosternadas las potestades de la tierra. Al mismo tiempo se ve aparecer en la superficie de la tierra, y elevarse por encima de las nubes con los brazos tendidos hácia la cruz, á todos los inocentes. Herodes cae privado de sentido.*)

Se halla en Madrid en las librerías de Escamilla, *calle de Carretas, en la de* Cuesta, *frente á las Covachuelas, y en las provincias en las siguientes:*

Habana............	*Urban Ramos.*
Cadiz.....................	*Hortal y compañía.*
Barcelona...........	*Piferrer.*
Valladolid.........	*Rodriguez.*
Zaragoza............	*Yagüe.*
Granada..............	*Sanz.*
Valencia..............	*Mallen.*
Coruña................	*Perez.*
Burgos................	*Arnaiz.*
Vitoria.................	*Hormilugue.*
Santander...........	*Martinez.*
Santiago.............	*Rey Romero.*
Sevilla................	*Caro Cartaya.*
Oviedo................	*Longoria.*
Salamanca.........	*Moran.*
Málaga...............	*Carrera.*
Murcia................	*Benedicto.*
Pamplona..........	*Suarez.*
Córdoba..............	*Berard.*
Badajoz..............	*Viuda de Carrillo y sobrinos.*
Alcoy...................	*Cabrera.*
Jerez.....................	*Bueno.*
Palencia..............	*Pastor.*